

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. RAMIREZ.—Madrid.

—Mirad a Sinibaldín Villaverde. Desde que ha venido de vacaciones está como el pez en el agua.

—¿Pues qué hace?

—Nada.

Ayuntamiento de Madrid



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

Bases para el Concurso de septiembre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios consistirán en tres objetos de arte atendiendo así al requerimiento de muchos *perdedores*.

tiempistas, que ya estaban cansados de ver que no hacíamos trampas para que les tocara la lotería.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas antes del día 10 de octubre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

En el sobre debe ponerse: *Para el Concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de agosto insertos en esta página. A los *suscriptores* de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En uno de los números del mes de octubre se publicarán las soluciones y los nombres de los

concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

1.—Para pasar el rato.

Negación
Afirmación
Negación

2.—Semejante.

AVILA	MANILA
ECIJA	MECA
UBEDA	MISSIPI
IRUN	MUNICH

3.—Superior para este tiempo.

M K
NOTA DIOSA NOTA



SOMBREROS
BRAVE
6 • MONTERA • 6

4.—Charada.

—¿Encontraste el *tercia cuarta* que buscabas ayer?

—No; me llevé *segunda cuarta* y además me rompí un *cuarta primera*.

—De no haber ocurrido eso, el chasco hubiese sido *cuarta segunda cuarta, todo*.

5.—Mal sitio.

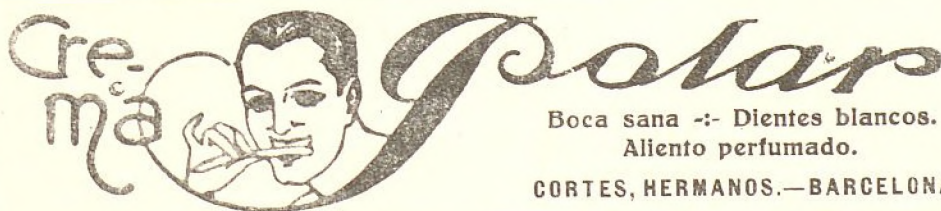
FATUO
ORIENTE ARMA FAMOSA
GRANEADO

6.—Un "bichito".

NOTA

7.—De Mitología.

Petróleo
Vocal Consonante Vocal

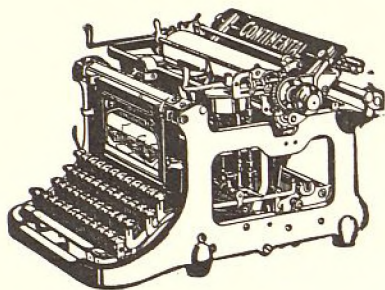


Boca sana :- Dientes blancos.
Aliento perfumado.
CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de septiembre.

La máquina de escribir **CONTINENTAL** es la predilecta.



Pídanla a prueba a los concesionarios de España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. A.) { **MADRID.**-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
BARCELONA.-Clarís, 5.
VALENCIA.-Mar, 8.
BILBAO.-Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA.-Quint, 7.
SEVILLA.-Rivero, 7.
TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir **CONTINENTAL**, se venden máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS :: ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS



El padre.—¿Y cómo los distingo siendo gemelos?
 El amigo músico.—Muy fácil: el uno es tenor y el otro es barítono.

(De The Passing Show, Londres.)



DELICIOSO ES AFEITARSE CON
LATHER KREEM
SIN BROCHA, TAZA NI JABÓN

Tubo, 3,75; tarro, 7 ptas.
 EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS
 Concesionario: PEDRO SUÑER.—Sicilia, 29. BARCELONA

LOS
FAMOSOS

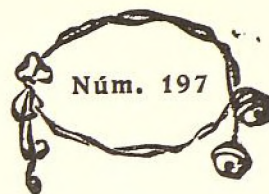
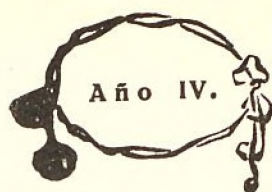
POLVOS INSECTICIDAS

D B

LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de
 toda clase de insectos.



TRAMPANTOJOS



La plancha eléctrica.

El carbón de encina de las planchas de fuego central me daba dolores de cabeza y me decidí a comprar a Romualda una plancha eléctrica.

Romualda que es una vieja criada a la que la ha salido el bigote en casa, se quedó sorprendida del regalo y quería meter el carbón de encina dentro de la nueva plancha niquelada.

Mi encargo principal fué que nunca se olvidase de quitar el enchufe cuando acabase de planchar, pero en la primera ocasión, un domingo que se quedó solo el hotelito la plancha continuo enchufada y al volver del paseo vimos—¡oh desgracia!— que sobre un montón de escombros estaba entronizada la plancha eléctrica siempre sobre su parrilla incandescente y sonriendo, sonriendo con sonrisa niquelada y modernista.

La reina de las veinte hijas.

La reina de las veinte hijas estaba consternada porque todas querían casarse con reyes y no había bastantes reyes posibles para todas ellas.

La misma reina que siempre había sido una grosera intrigante y que veía que sus hijas eran bellas y limpias comprendía que bien merecía cada una un rey.

Buscando reyes, engatusándoles con los retratos de sus hijas en todas las posturas y toilettes y relatándoles lo que sabían, encontró hasta diez y seis, comprendido un rey negro que había aceptado muy a regañadientes la diez y seis.

Las otras cuatro lloraban todo el día porque ellas también querían un rey y hasta pusieron un anuncio en los periódicos mundiales redac-

tado en esta forma: «princesa guapa, inteligente, graciosa, casaría con rey de monarquía pequeña.»

La reina madre hasta se dedicó a conspirar en algunas repúblicas para ver de convertirlas en monarquías.

Nada. Todo inútil.

Hasta que conmovida por las lágrimas constantes de sus hijas, lágrimas que ya iban corroyendo sus mejillas, se la ocurrió a la augusta madre recurrir a los reyes de la baraja y a una la casó con el Rey de Oros y a otra con el de Copas y la otra con el de Bastos y a otra con el de Espadas.

Ya se sintió satisfecha con sus veinte hijas casadas con veinte reyes, cuando los cuatro reyes de la baraja co-

menzaron a hacer de las suyas como reyes plebeyos y de baja ralea.

El de Copas siempre borracho la daba grandes escándalos a Alicia, el de Bastos pegaba con sus pesados atributos a Paloma, y el de Espada, daba grandes sablazos a la Reina Madre así como el de Oros se pasaba la vida en Niza dedicado a la juerga y al juego.

No hubo más remedio que divorciar a aquellas cuatro primeras, irremisiblemente de non.

Los espectadores de arena.

Antes de estrenar un teatro se llenan los anfiteatros, los palcos y la luneta de sacos de arena. El teatro durante tres días tiene un gran completo y ofrece lo que un cronista pudiera llamar «un distinguido conjunto.»

En noches sucesivas, sobre todo, los días de estreno, la sala volverá a estar llena de sacos de arena que andan y se vuelven de espaldas para mirar a la distinguida concurrencia.

Greguerías.

Las galerías de fotografía son el Arca de Noé, de las sillas, sillas de distinto padre y madre, sillas de las que murieron todos los hermanitos y demás parientes.

...

En qué sitio dejamos aquel bastón, ¿en un museo? Entonces ya estará clasificado en su vitrina y catalogado en su catálogo.

...

¡Qué ruido meten los aeroplanos al subir por la escalera de caracol del espacio! Todos los hierros trepidan.

...

Frase: «Los railes inconducentes de la madrugada.»

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.



Dib. SILENO.—Madrid.

LA VENTA DE LAS COSTILLAS

Un mueblista de un pueblo de Inglaterra cuyo nombre en la mente no retengo deseando apartarse de su esposa (¡no debía de ser menudo censo!)..., convidó a sus amigos a una jira y a la jira gozosos acudieron, quedándose asombrados de la escena que ocurrió tras los postres del almuerzo.

Propuso el anfitrión a los reunidos la venta de su esposa y, sin rodeos, mediante una subasta en toda regla, el contrato de venta quedó hecho a favor de un señor de los presentes, que entregó al vendedor en el momento diez libras esterlinas por la inglesa más hermosa y gentil de todo el reino.

Feliz el comprador, volvió del ágape chupándose de gusto varios dedos, y la muy... tornadiza (es otro el nombre) sin ninguna objeción, cambio de dueño.

Si el hecho es muy curioso ciertamente, todavía lo es más el raro efecto que ha causado en algunos matrimonios el relato. A poquito de leerlo ya estaban proyectando cien maridos la oportuna excursión a un campo ameno donde hacer la subasta de la esposa entre varios amigos verdaderos.

Quién la piensa tasar en dos mil duros; quién estima la suya en cuatrocientos; quién la piensa ofrecer por seis pesetas; quién la quiere soltar por real y medio...

Yo conozco un señor que de su cónyuge quiere deshacer con tal empeño que, por diez libras no; por medio kilo de cordilla *grillée* la dá corriendo.

De seguro en España se hará moda la subasta de esposas con el tiempo, toda vez que pasamos nuestra vida remedando lo inglés por ser muy bueno, y aquí existen maridos muy cargados y hay quien compra mujeres de desecho de tiente y de cerrado que no viven si no están en continuo movimiento.

Hasta el día que aquí no establezcamos un mercado, lector, con el objeto de comprar y vender tiernas costillas en buen uso (o en malo) a cualquier precio y no esté mal mirado que un marido ponga en venta la suya satisfecho, no estaremos a tono con el mundo; ¡no valdrá nuestra patria ni un pimientito!

JUAN PEREZ ZÚÑIGA

COSAS

A PUNTO DE SER TOREERO

Nadie sabe la de porvenires que ha desperdiciado o que no ha visto, cuando le salían de cada esquina,

A veces, hemos vuelto la espalda a lo que hubiera sido nuestra suerte y otras, por el canto de un duro, no tomamos un camino distinto. Ante cada paso que damos, hay una fila de caminos abiertos como las varillas de un abanico.

Ya de pequeños, se nos nota esta incertidumbre, este titubear con las cosas serias. Si un día nos llevan al circo, porque hemos sido buenos ¿quién duda que, al volver a casa, no hemos rumiado ya, asomados al brocal de la bufanda, nuestra decisión firme de ser volatineros o trapeceistas? Una caja de soldados nos ha hablado al oído de las maravillas del uniforme y hemos tomado el partido de ser generales, aunque después hayamos renegado de esa hora tonta. Otro día, el coche de los toreros, chorreando cascabeleos, se nos ha cruzado en la calle o desde el balcón hemos visto salir para la plaza al torero que vive en la misma calle, y que se va volviendo mucho la cabeza hacia atrás, para saludar. Ese

día, nos ha conmovido un brillo de oro y un capote bordado. Seremos toreros durante quince o veinte días, hasta que una nueva reducción nos envuelva.

Y si esos son los ocho años, el jugar constante y la vida muy lejos, ¿qué no a los quince, con el bozo tiznado y asomados a la vida desde el primer cuello duro? Entonces, habría que deshojar las margaritas del porvenir o echar a suertes.

—¿Para qué vas a estudiar?

Esta es una pregunta de todas las horas de entonces.

Uno de esos hombres que aprovechan todos los momentos ajenos, ha escrito un libro donde ofrece al joven las condiciones de todas las carreras que puede cursar. Allí, se puede elegir. Es como un catálogo del futuro. Creo que hasta se dice el sueldo que se percibe a la jubilación.

Claro que ese libro se ha hecho para los demasiado indecisos, para los que se turban antes de tomar una determinación, para los que no se han fabricado una idea y no han soñado con una esperanza.

Y después, na die sabe lo que un día

se le puede ocurrir y le haga torcer la vida.

¡Quién me iba a decir a mí que yo he estado a punto de ser torero!

No es ninguna sugestión extraña. Todos la hemos sentido. He arrastrado hasta a gobernadores civiles, nada menos, como también la seducción de ser gobernador civil ha arrastrado a algún torero.

Rara es la profesión, menos la nuestra, que no celebra su becerradita anual y en ella los habituales del tirapié, del mostrador o del cuchillo, se arrancan por medias verónicas, como el más contratado.

Yo he estado a punto de ser torero por accidente, más que por afición contenida.

Fuí al Escorial, invitado por Antonio Robles, que es allí algo cacique, a asistir a una becerrada benéfica.

Creí, de buena fe, que sólo se trataba de tomar limonada en un palco y ver martirizar unos pobres becerros por el primer pollo de la colonia que se ofreciera.

Pero, una vez allí, se me invitó a pasear por el ruedo. Háganse cuenta de

lo que es el ruedo de una plaza de toros y de los peligros que encierra.

Mientras no había toro, todo iba bien. Muchachas guapas, sol, aire de sierra, música...

Pero entonces, salió a relucir el que Robles y Arniches, hijo, oficiaban de buñoleros y me tenían reservado el cargo de ayudante.

No hay que describir mi terror al encontrarme en posesión de un cargo tan expuesto y de tanta responsabilidad.

El buñolero es el que recoge las llaves del toril, que las entrega el que hace de alguacilillo. Primero, necesita mucha habilidad, pues se las echan al aire y en el aire hay que cogerlas.

Toda la plaza, temblando de anhelos, está pendiente de ese momento. Si se caen al suelo las llaves, el público no perdonará jamás la falta de tino. Pero, no sólo es eso. ¿Y si se caen las llaves y se pierden? Pues que no se puede abrir el toril y que, por lo tanto, se tiene que suspender la corrida.

No apunto alguna otra de las muchas dificultades que encierra el papel de buñolero y que venían a recaer sobre mi calidad de ayudante.

Por si esto fuera poco, la plaza no tenía barrera, sino burladeros repartidos con sordidez, y había que abrir al toro a ceerpo limpio y aguantar, detrás de la puerta, el temblor de tierra que hace el toro al salir y que oído de cerca tiene la rara virtud de poner el vello de punta. Como ayudante de buñolero, tuve que sufrir, un poco apartado, las desazones de mis superiores en funciones del cargo.

Luego, cuando los toros estaban ya fuera, disfrutábamos de unas pequeñas vacaciones y podíamos pasear por el ruedo, respetando las distancias.

Ahora bien, nadie está más a punto de ser torero que el que se halla en el mismo ruedo donde se está lidiando un toro, como nadie está más a punto de ser nadador como cuando se cae al agua.

Yo hubiera podido, muy fácilmente, sentir esa indomable fiereza de los toreros valientes y coger un capote y echarme al toro. No la sentí, pero ¿y si la hubiera sentido, por casualidad? Pues que hubiera sido torero, nada más que eso.

Y, sin llegar a tanto, ni pensar en ese

arranque valeroso, hubiera podido tener la desgracia de llegar a un burladero cuando ya estuviese lleno de gente y viniera el toro detrás, en vez de ser yo, como en realidad fuí, el primer ocupante en casos de alarma.

Entonces hubiera sido también torero, sin remedio. Torero o corredor de fincas.

Y, una vez torero, no hubiera tenido más remedio que pedir contrata y cortar orejas, como es la obligación moral de los toreros.

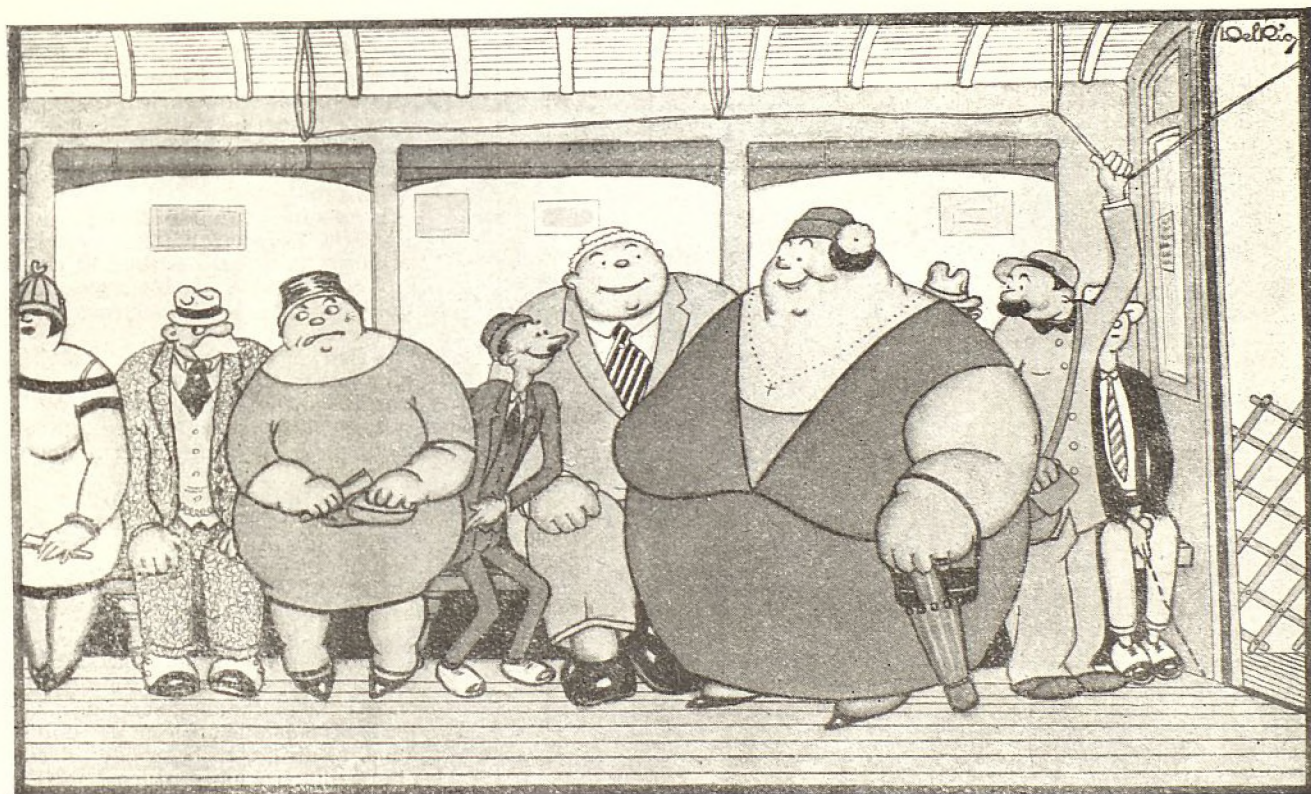
Y, después ¿qué? Pues nada, lo de siempre: el éxito en Madrid, la alternativa, la feria de Sevilla, la corrida de la Beneficencia, la semana grande de Bilbao, la oreja de oro, el contrato de América y los sesenta mil duros en dos años.

A todo eso he estado expuesto, por una inconsciencia temeraria de aceptar un cargo delicado.

Y lo mismo le hubiera podido ocurrir a cualquiera de ustedes,

¡No somos nada!

JOSÉ LÓPEZ RUBIO



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

GALANTERÍA

—¡Señora! ¿Me permite usted que la ofrezca mi sitio?...

EL DINERO DE D. ORESTES

Cuando D. Orestes hizo la liquidación total de su zapatería, se encontró con que tenía una respetabilísima cantidad de miles de duros ahorrada y que podía colocarse en el rango de los nuevos ricos, sin que el papel que allí hiciera fuese de estraza. Y después de reflexionar con la cabeza, que es como reflexionaba D. Orestes, acordó vender el último par de zapatos, liquidar las existencias, dejar a salvo la suya y dedicarse a la buena vida y a cuidar de su pellejo para que éste se viera lo más tarde posible en el trance de invitar a sus amigos a que le acompañaran a su visita perpetua a la nueva necrópolis. El ex zapatero la había tomado con la necrópolis.

—Bueno—solía decir—si mi difunta mujer no fuese a estas horas tan completamente difunta desde hace años, habíamos tenido un disgusto de los obesos, porque con lo caprichosilla que era y amiga de seguir la moda, se habría empeñado en ser enterrada en ese cementerio cuyo nombre no me aprendo, por estar en latín. Todo para ponerme en ridículo delante de los amigos no sabiendo pronunciar eso de la crenopolis. ¡Rediez!

Retirado de los negocios, viudo, con dinero y habiéndose pasado muchos años sin ver más allá que la colección de brodequines números 38 al 47 y los zapatos femeninos, en los que no entra numeración, pues las parroquianas la ocultan como si fuese un crimen, pensó que ya era hora de que lanzase una cana al aire, ya que precisamente tenía en abundancia, se orease y dijera: —Aquí estoy yo, Orestes Valdemorado y Arenilla, que viene a reclamar su parte de chirigota en el mundo y de la que ha estado alejado por causa de la suela y del becerro mate.

Como lo pensó, lo realizó y este verano, D. Orestes ha sido la figura más importante del veraneo en San Sebastián, en cuya población se ha exhibido dentro de unos trajes fantasía que hubieran hecho la felicidad de un tenor cómico. Como que cuando entraba en un café, o paseaba por un sitio concurrido, la gente se volvía a ver si en la espalda llevaba algún anuncio.

Como nuevo rico, D. Orestes no se privaba de nada y había que verle en todos los sitios de diversión, jaleo o engullamiento, como él decía. En esto último, se hizo el amo y de tal modo

se notó la presencia del ex industrial en sus relaciones con las «sardina fresca, sardina», que indudablemente en el fondo del mar hubo un mitin para ver cómo se libraban los peces de la fiebre devoradora de aquel hombre, que pensaba dejar en el más doloroso duelo a todas las familias de sardinas que por aquellos contornos habitaban. Su estómago no era el estómago de una persona normal, sino una fábrica de conservas que estuviera trabajando continuamente.

Hubo un compañero de fonda que llegó a decirle: —D. Orestes, usted no ha venido aquí como un sencillo veraneante, sino contratado por una fábrica de latas de sardina. Usted no es un amigo, es un acuario.

—Bueno, riase de que yo sea un anticuario o no, yo lo que hago es raparme una vida que ni el Papa.

—Naturalmente, como que seguramente Su Santidad no come lo que usted.

—Pues hace mal. A ver, más sardinas que para eso tengo dinero.

Era fantástico D. Orestes con eso del dinero. El hombre se había creído en serio que sus billetes del Banco le servían para todo y que ningún capricho suyo podría resistírsele ante la cantidad que se hallaba dispuesto a sacrificar para satisfacerle. No se le caía de la boca el estrillido de ¡para eso pago!

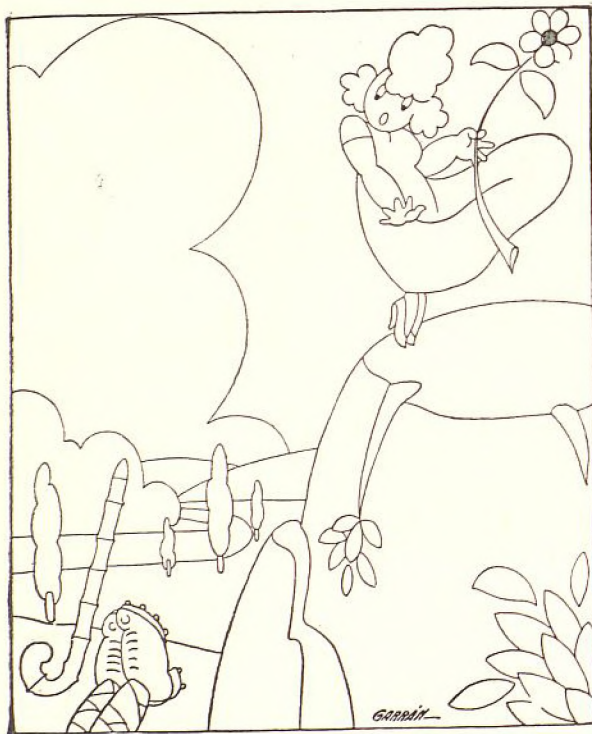
Un día que, con unos amigos fué a Rentería a comer patatas «soufflés», armó un escándalo porque se encontró con que las patatas, gorditas y pomposas, no tenían dentro más que aire.

—Esto es un escándalo, chillaba, a mí no se me dan patatas vacías. A ver, que las metan pronto algo dentro y que me digan cuánto valen. ¡Rediez con las sufles, que no tienen más que viento!...

Y, por último, el día en que se le ocurrió meterse en el mar, para bañarse, fué ella. Al notar el agua extremadamente fría, salió corriendo y sin vestirse dijo: —Que me calienten el agua inmediatamente.

Alguien le dijo que sin permiso del Ayuntamiento no podía hacerse, porque el mar pertenecía al Municipio, y don Orestes, tranquilamente y sin vestirse, no más que cubierto por una sábana, se dirigió en busca del alcalde, al que dijo: Dé usted orden de que me calienten el mar para cuando yo me bañe y luego que me pasen la cuenta. Pagaré lo que sea necesario, ¡que para eso tengo dinero!

A. R. BONNAT



Dib.
GARRÁN
Madrid.

—¡Qué importuno!
¡Ahora que iba a pre-
guntar a esta flor si
caería casándome con
éll!



Dib LINAGE.—Madrid.

—El que canta es un barítono admirable, colosal, estupendo...
 —¡Oh! Desde luego puede asegurarse que es un cantante nunca visto.

LO QUE SE LLEVA EL VIENTO

PALABRAS, PALABRAS, PALABRAS...

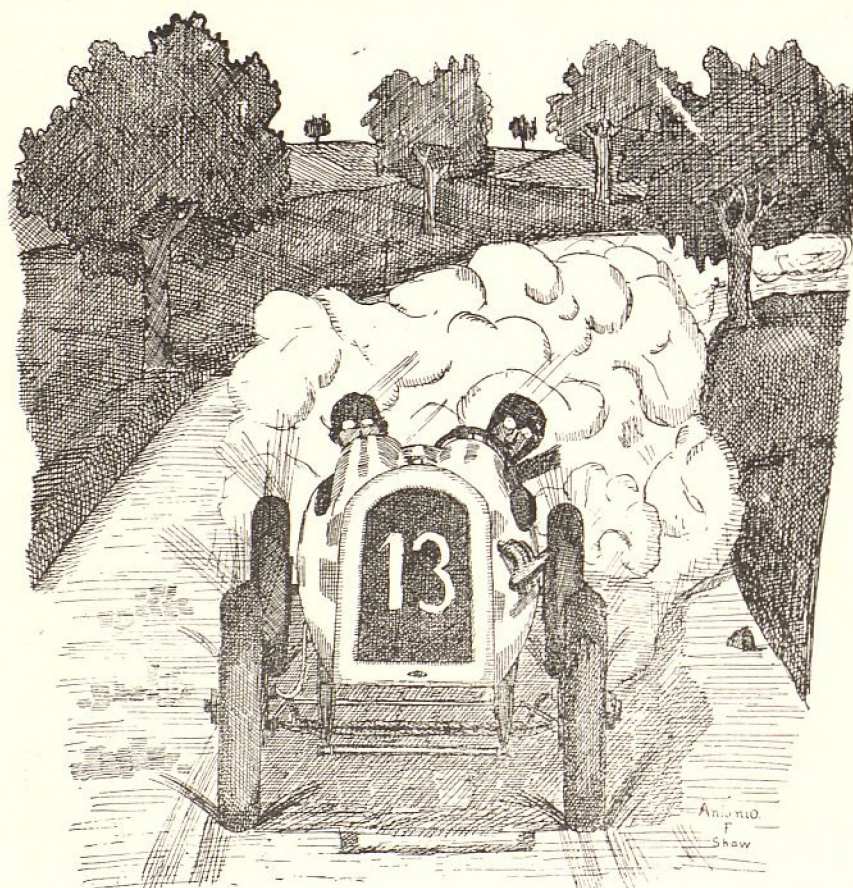
—Bueno, adiós, hijas.
—Vaya usted con Dios, doña Angeles.
—Adiós. Que no se os olvide lo que os he dicho.
—Descuide usted.
—Tú, Matilde, a ver si engordas un poco.
—No quiero, chica. Procura tú no adelgazar tanto.
—Sí; porque aunque eres muy reservona, te clareas.
—¿Y qué dirá «tu amor»?
—¡Mi amor! Ya sabéis que «no hay de qué.»
—Bien sabes tú que «hay moros en la costa.»
—¡Anda, guasona!
—¡Qué sí, mujer!

—¡Anda, anda! Note hagais la «loca».
—Bueno; que venga por aquí más a menudo. Doña Angeles, ya lo oye usted: que no nos comemos a nadie. Ya sabe usted que se la quiere de veras.
—Lo sé, hijas. Pero apenas salimos de casa. Siempre hay cosillas que hacer. Luego, estos ascensores, que no funcionan más que cuando les da la gana...
—Pues este es muy bueno.
—Ea, adiós, niñas; que no acabamos nunca de picotear.
—¡Je, je! Como yo digo, la posdata es mayor que la carta.
—Y lo más sabroso, ¡jijí, jijí!
—Oye, tú, Mercedes: ¿te conté lo de María Luz, el otro día, en la Castellana?

—Sí, mujer; hace un momento.
—¡Ah, es verdad! ¡Qué cabeza la mía!
—Preciosa cabeza, chica. Oye; ¿con qué te ondulas el pelo?
—¡Si es natural! Te lo juro.
—¡Vamos! Si se nota a la legua...
—Que sí, mujer, que es natural.
—Que no, hija; que se nota a escape... Hace muy lindo.
—¿Te gusta?
—Mucho. Estás preciosa.
—Gracias. Eres muy cumplida.
—¿Yo? Doña Angeles; dice Matilde que yo soy muy cumplida. ¿Qué le parece a usted?
—¡Oh! Pues no dice más que la verdad. En casa os recordamos mucho.
—Poco se conoce. A ver si se dejan ustedes ver más. Ya saben que se la quiere de veras.
—Me consta, hijas mías. También vosotras os vendéis muy caras.
—No diga. En menos de dos meses hemos ido por su casa, cuatro o cinco veces.
—Cuatro.
—Cinco. La última vez recuerdo que llovía a cántaros.
—Y que nos pusimos perdidas, a pesar del «taxi».
—Es que estos inviernos de Madrid son atroces.
—Pues, ¿y los veranos?
—Dí que sí, chica. Madrid es extremo... Como algunos novios que todas sabemos.
—¡Jijí, jijí!... No seas maliciosa, tú...
—¡Hija, pero si es la verdad!
—Siempre hablas con segundas.
—Y tú con «primeros»... Con primeros tenientes.
—¡Je, je!... Eres atroz.
—Vamos, vamos, niñas... Que se hace tarde.
—Adiós. Ya charlaremos más despacio otro día.
—Adiós, preciosidades. Que me cuenten eso.
—Que sí, mujer.
—Buenas tardes.
—Adios.
—Cuidado con la escalera.
—Hasta siempre.
—Hasta pronto...
—Tú; ¡ya sabes!...
—¡No me digas!...

La puerta de la casa se cierra, al fin. Tan interesante palique español ha concluido, al fin. La mirilla de la puerta de enfrente rechina, al fin, con recato. En el descansillo de la escalera el silencio descansa, al fin...

E. RAMIREZ ANGEL



Dib. SHAW.—Dublín (Irlanda).

—¡Cuidado, chico, no te vayas a despistar en esta curva que separa los dos barrios!
—¡Quiero entrar en el otro a ochenta!

UNA MERIENDA DE NEGROS

BUEN HUMOR que está al tanto (y cuanto) de las novedades literarias universales, acaba de descubrir una cosa llamada a producir una revolución sangrienta en la novela. Ciertos literatos rusos están poniendo en moda en la actualidad una clase de novelas que pudiéramos llamar de relámpago sintético, en las cuales se relata una serie de epopeyas y de disgustos familiares en menos de cuatro páginas. Estos libros están siendo muy leídos por los moscovitas que tienen mucho que hacer y que no disponen de tiempo para perderlo en tragarse doscientas páginas de prosa descriptiva, algo amazacotada, y un si es no es babilónica que marea.

Un señor, sea ruso o viva simplemente en Moscou porque le dé la gana o porque se lo permita Chicherín, puede leerse una novela mientras se le enfría el café, cosa que en Rusia pasa en seguida en virtud de la indecente temperatura que allí reina (lo único que reina en Moscovia, pese a los inmundos bolcheviques, terror del mundo y asombro de los paletos). Y no se crean ustedes que las novelitas en cuestión, por el hecho de ser cortas, son acreedoras al menosprecio académico y a la condenación de la crítica. Muy al contrario, conmueven y hasta llegan a hacer daño porque se van al grano de golpe y casi le revientan por el ímpetu veloz con que se desarrollan.

Yo, como les supongo a ustedes ya intrigadísimos con esta novedad, les daría con mucho gusto a conocer una de esas obras, pero ahora reflexiono en que como ninguno de ustedes sabe ruso (¡no me lo nieguen, porque me constal), resultaría inútil copiarla aquí.

Claro es que ustedes me dirán que yo, que las conozco, podría traducir la que me pareciese mejor para el caso, pero el caso es que yo no sé ruso tampoco y no veo la manera de aprenderlo para dentro de un rato.

Puedo, sin embargo, hacer otra cosa. Gracias a la facilidad que tengo para hacerme cargo de todo, me encuentro en condiciones de escribir yo una novela como esas (o mejor), con lo cual ustedes se percatan de la novedad y pueden decir si es de su agrado o no (que yo creo que no) y si esa moda llegará a cuajar en España o no (que yo creo que tampoco).

La novela que yo acabo de pensar en este momento, les participo que en nada desmerece de sus similares rusas en cuanto a interés, variedad de episodios, emoción y grandeza sublime en el final. Su título mismo de *Una merienda de negros* ya promete algo, por lo menos un galante ¿ustedes gustan?, ya que una invitación a tomar parte en

ella sería demasiado en los tiempos de carestía de subsistencias que actualmente corren.

Con que, ya que ustedes han querido la novela, allá va la novela:

CAPÍTULO I

El vapor, de quince mil toneladas, barco buenísimo y que llevaba tres palos (nada merecidos, siendo tan bueno) zarpó de Nueva York a las doce y cinco. Se llamaba *Trupp*, nombre todavía menos merecido que los tres palos, y entre sus pasajeros conducía seis cupletistas (*de primera*), un mé-

dico (*con segunda*) (1) y un aventurero finlandés que, a pesar de viajar en tercera, volvía a su patria con cien mil dólares en oro, metidos en un cinturón. El finlandés no hablaba a las cupletistas, ni éstas le cantaban a él, ni el médico visitaba a unas ni a otro. ¡Que conste esto, para que luego no haya líos!... El caso, ¡y lo que nos interesa!, es que una noche el *Trupp* chocó con un banco de arena y se fué a pique, que las cupletistas se ahogaron a pesar de ser *desahogadas* de na-

(1) No piensen maliciosamente que al decir con *segunda* me refiero a que el médico iba con las del *verí*, como otros egregios colegas.



Dib. DURÁN.—Valencia.

- Y en este oficio ¿ganan ustedes mucho?
- ¡No, señora!... para mal comer.
- ¿Pasan ustedes privaciones?
- ¡Las pasamos, a veces, muy gordas!

cimiento y que el médico, al ver que aquello se ponía malo, trató de recetar pero, como siempre, sin fruto apreciable. El finlandés salvóse, pero sus cien mil dólares desaparecieron, en unión de las seis cupletistas, y del casco del *Trapp*, al minuto de sobrevenir el choque con el banco de arena, cosa que le chocó al finlandés mucho más que el vapor le había chocado al promontorio.

Objeto de este capítulo: decir al lector que un finlandés perdió todo el dinero en cuanto se encontró con el primer banco en su vida.

¡Esto de los bancos, ya va siendo alarmantísimo!...

CAPÍTULO II

El finlandés, que ya es hora de decir que se llamaba Prewzosff, nació como un insensato durante tres días. Al cuarto se encontró una ballena y no incurran ustedes en la ingenuidad de creer que al quinto se encontró el corsé. Lo que se encontró fué una isla desierta y, aunque en aquel momento él hubiera querido tomar un *bisté*, se conformó con tomar tierra, y muy agradecido. A

los tres años, y cuando ya el hambre le extenuaba, vió cruzar un barco por la derecha. Le hizo señas con un pañuelo, el barco se detuvo y tuvo la amabilidad de admitirle a bordo. Un mes después tornaba a desembarcar el pobre Prewzosff en Nueva York, y allí tuvo que volver a empezar a trabajar como una fiera para reanudar el ahorro de dólares. Un día recibió un encargo que le llenó de alegría. Se trataba de grabar la palabra *Cabaret* en un farol gigantesco de cristal colocado en la portada de un establecimiento nocturno. Prewzosff aceptó el trabajo y con tal perfección lo realizó que una muchedumbre de curiosos que lo contemplaba rompió en una salva de aplausos tan formidable que el finlandés cayó enfermo de la emoción.

Objeto de este capítulo: enterarles a ustedes de que a un finlandés se le ha cvacionado por marcar un farol.

¡Eso en Nueva York lo hace el Niño de la Palma y gusta menos!

CAPÍTULO III

Al año, Prewzosff embarcó otra vez con destino a Europa y con ocho dó-

lares nada más, lo cual nos obliga a decir que los faroles yanquis dan menos *luz* de la conveniente.

Esta vez no chocó con ningún banco, pero como cuando un finlandés tiene mala pata es que no hay manera, se cayó al mar en un descuido y tuvo que conformarse con volver a la isla desierta. Afortunadamente se encontró en ella con catorce naufragos recién estrenados y lo pasó mejor que en el segundo capítulo. Había entre ellos algunos hábiles artífices y se dedicaron con ardor a construir cañas de pescar, con las cuales pretendían arrebatarse al mar sus escamados tesoros. La lucha con los pescados fué furibunda, pero al cabo de varias tentativas los quince naufragos pudieron pescar tres peces de un tamaño un tanto despreciable y con los que no era posible pensar en un banquete de alguna consideración.

Resumen de este capítulo: Tres peces, 15.

O sea que cada cinco socios tocaban a un pez, si las matemáticas son lo que ustedes y yo nos hemos creído siempre.

CAPÍTULO IV

Prewzosff un día tuvo una idea feliz: construir una balsa y aventurarse por el mar con sus catorce concomitantes.

Pensado y hecho. Lanzáronse al rugiente Océano, provistos de sus cañas por si la pesca se daba mejor que en la isla y, en efecto, al mes y medio, nuestro héroe tuvo la fortuna de pescar un barbo de medio metro. No obstante el hambre que todos tenían, opinaron que debían dejar vivir al animalito por si se hacía mayor según tuviese más edad y engordaba de paso, con lo cual su carne aumentaría en cantidad y podrían hacerse con ella quince pedazos de alguna importancia.

Como esperaban así sucedió: el barbo se convirtió en persona mayor y creció otro medio metro, y entonces fué sacrificado y deglutido. Y, ¡oh, sorpresa!, en el momento de matar al incauto pescado se dieron cuenta de que era hembra, cosa que no observaron hasta el funesto instante.

¡Y, claro, ya supondrán ustedes que todo esto lo he descrito para sacar la conclusión de que a los naufragos les creció la barba en diez y siete días cincuenta centímetros!

Como para que se desmayase Almeida al verlos.

CAPÍTULO V

Vamos derechos al final, caballeros.

No pasó un mes sin que la balsa se viese sorprendida por una contrariedad de a folio número dos mil trescientos cuatro.

Una hermosa mañana fué atacada



Dib. MBL.—Madrid.

Un fiel cumplidor de las leyes del descanso.

por una piragua llena de negros antropófagos, y el cinematográfico Prewzosff y sus catorce amigos se vieron conducidos a unas costas agrestes donde había más negros y más antropófagos que los mencionados. Prewzosff calculó en seguida, al poner pie en las indicadas costas, que la merienda era inminente entre aquellos energúmenos, que denotaban estar dispuestos a ponerse negros de comer, pero mucho más negros de lo de costumbre. Le molestó al buen finlandés el ser condenado a tan culinario y desastroso fin, y sobre todo el ser condenado en costas, pero se resignó porque no tenía más remedio y no pretendió convencer a los viles asesinos, cuyo idioma por otra parte no hablaba con propiedad.

Pero lo que son las cosas: se le ocurrió de pronto secar los ocho dólares para darles el último adiós y, al verlos, el jefe de aquellos oscuros hambroñes le prometió respetar su vida si le daba la *pasta* susodicha.

Prewzosff, naturalmente, mostróse encantado, y puesto a exigir, exigió que le diesen a él también algo de comer, porque tenía una gazuza que se mondaba. El negro accedió al requerimiento, y lo demás ya se lo pueden ustedes suponer. Se encendió la cocina y los catorce colegas de Prewzosff fueron puestos en fila y rigurosamente desollados. Los cuatro primeros socios los deglutieron los negros, sin ofrecer al finlandés ni una ligera mojada de pan, pero, al acabar con el cuarto, una negra algo agraciada se acercó

a la víctima que iba detrás y con un lindo cuchillo le seccionó la oreja izquierda y, limpiamente asada, ofrecióla a Prewzosff.

¿Negará alguien que el finlandés realizó una mala faena y que, a pesar de eso, le dieron la oreja del quinto?...

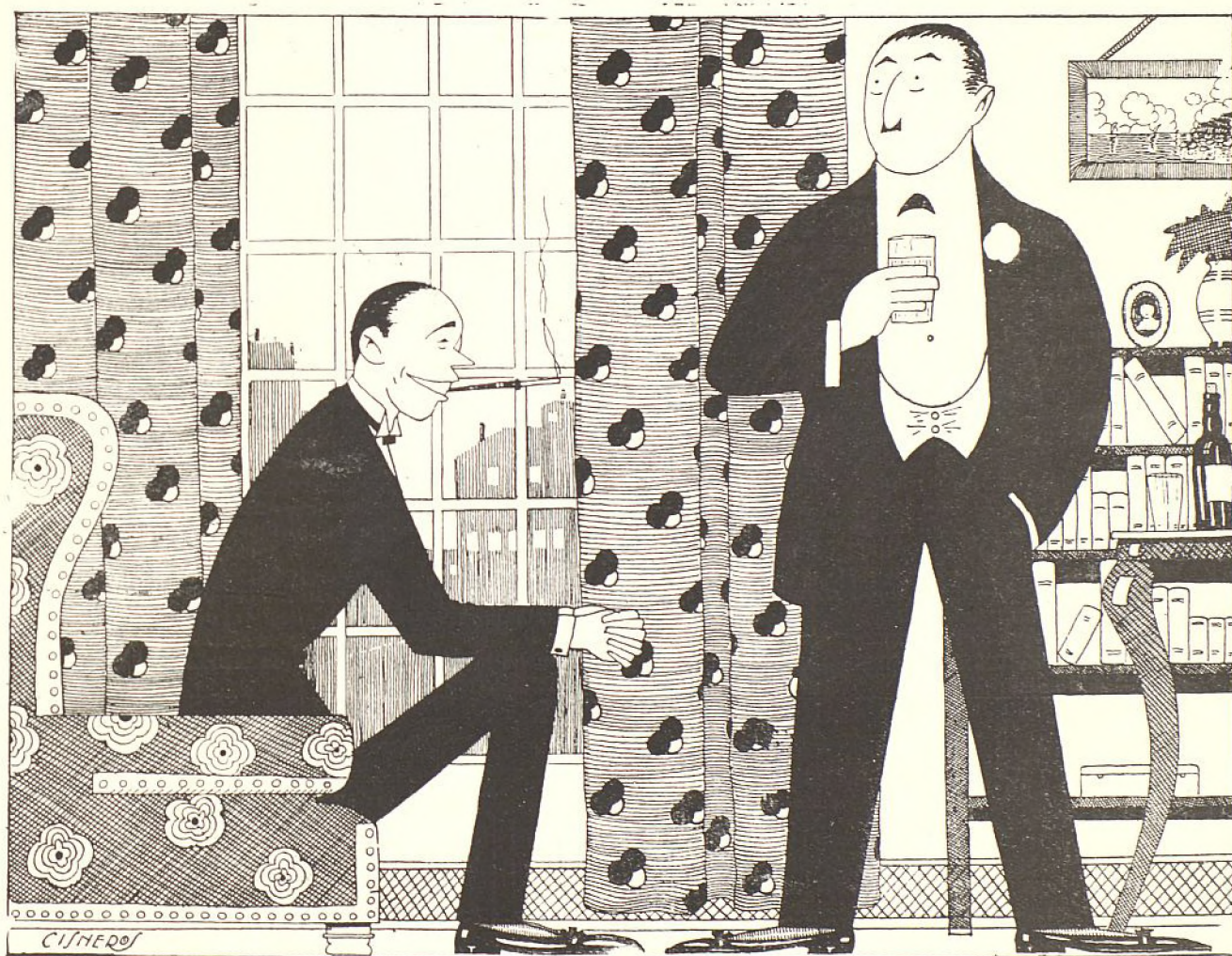
¡Así son las injusticias de la vida!...

EPÍLOGO

¡Ustedes perdonen, carísimos lectores de mi alma!

¡Les juro que no lo volveré a hacer más!...

ERNESTO POLO



Dib. CISEEROS.—Ma: rid.

—¿De modo que estás disgustado porque tu mujer no sabe cantar?... ¡Mejor para tñ!
—No... porque lo terrible es que ella cree que sabe.

No tiene gracia esta historia. Erase un niño que pasaba la vida en casa o en la calle jugando a todas horas, y faltándole horas para todo lo que tenía que jugar...

Siempre sobraban tareas que le tuviesen entusiasmado y ocupado: unas veces continuar, en cuanto comiera un túnel que estaban haciendo con arena; otras veces contar los «güitos» que tenía ya reunidos; otras fabricarse un teléfono con un hilo encerado y unas cajas de cerillas «de diez»; otras jugar a los futbolistas con un equipo de papel recortado, etc., etc. Pero había Circo en el mundo. ¡Ir al Circo!...

Su papá, por fin, un domingo por la tarde, le llevó a un Circo que había allí en la población donde vivían.

Ya están en el Circo Loló y su papá. Domingo y por la tarde, hay muchos niños. A Loló le alegra ver compañeros.

Sale primero un hombre que se retuerce como una sanguijuela y se hace nudos con las piernas. Aquello no le gusta a Loló (así llaman los suyos al pequeño), a él le gusta...

Sale un señor... Le dicen muchos números y él echa las cuentas en menos de dos segundos. La gente se entusiasma. Su papá dice unos números: El 484.857.924 X 512.945.769. El otro contesta en el acto: 813 billones 502 millones 435 mil 801. Su papá se pone a echar cuentas a ver si es verdad. ¡Es verdad! Otro señor, uno gordo, papá de otro niño que está un poco más allá, agita un papel en la mano, empeñado en que le saquen una cuenta que lleva allí:

√ 47657894

Por todas partes señores mayores llaman con otros papelitos... El encerado se ha llenado de números como el librote aquel que tiene su papá en la mesa del despacho... Loló está como en la escuela, mirando muy fijo el encerado y sin comprender una palabra. Otro niño de más allá se está entreteniéndolo por su cuenta en hacerse un cucurucho con el programa; otro más lejos juega a balancer las piernas que le cuelgan de la silla y a dar saltitos en el asiento apoyándose en él con las manos.

Sale después un hombre desnudo de cintura para arriba. Es un hombre que va a tratar de cortarse, de herirse, de rasgarse las carnes... Se cuelga del pecho unas medallas clavándose en la carne unas púas como si lo hiciera en

la chaqueta. Luego se da puñetazos en la nariz y sostiene con ella la rueda de un carro grande; luego chasca cristales con los pies descalzos; luego se tumba sobre una tabla con pinchos y resiste encima seis hombres... Después sube por una escalera que tiene en vez de peldaños, sables con el filo para arriba.

Todo aquello es muy serio y dura mucho. Tiene que pasar la tabla por todo el circo para que vean que pincha de veras; tienen que ir probando uno a uno los veinte sables y tiene que emplear mucho tiempo en subir y bajar la escalera.

Loló se espeluzna y parece que siente el frío de un filo de aquellos que se le entraría al hombre hasta el hueso si el hombre resbalara.

«Es un caso científico» —dice el padre a las personas de alrededor. Le han examinado los médicos v...

Sale otro número. Caballos con unos plumeros en la cabeza; una dama con otros plumeros iguales en la cabeza; que pasean, saludan, se tumban y no hacen nada más... «Parecen personas» dice alguien. Loló confronta y reflexiona. ¡Es verdad!

Sale otro número. Mujeres desnudas con trajes de punto como los anuncios de ropas interiores para el reuma. Se están quietos mucho rato en una postura y luego en otra. Los payasos, por fin. ¡Oh, los payasos!

«Yo había descubierto —dice el tonto— el modo de entrar en el Cine sin pagar... ¡Iba; decía que era uno de los músicos que tocan en la orquesta y entraba sin pagar. Pero fui, lo dije, y me pidieron la entrada. ¿No oye usted que soy músico y que vengo a tocar? —le dije al de la puerta. Y él me contestó: «Todos los que vienen al Cine vienen a tocar, y pagan».

El papá de Loló, suelta una risotada.

Todas las personas mayores han hecho lo mismo. Loló aunque ha ido al Cine, no comprende, sin embargo,

BAMBALINAS DIABLAS Y TRAISTOS

EL NIÑO QUE FUÉ A UN CIRCO

—¿Qué ha dicho, papá?

—Nada, niño... Tú no entiendes esas cosas.

El payaso habla otra vez:

«¿Cuál es el colmo de la sicalipsis comparada con la guitarra?

—Papá, ¿qué es sicalipsis? —preguntó Loló.

—Una palabra que tú no entiendes, niño. ¡No preguntes!

El tonto explica el colmo: algo que es un lío para Loló, pero que viene a ser así:

«Echarse de novia a una «prima» y a una «segunda», valiéndose de una «tercera», y subir a la «cuarta» al «quinto» para encontrarse con el «sexto».

Loló no pregunta esta vez... No sabe bien qué preguntar. Más vale oír lo que sigue.

—¡La Traviata!... ¿qué es eso? —pregunta el tonto.

—La Traviata, hombre... ¿no lo oyes? La Extraviata... la extraviada... a una mujer extraviada... se le llama la Traviata.

—¿Qué es una mujer extraviada, papá? Le vuelve a preguntar Loló.

—Niño, ¡por Dios; lo quieres saber todo!

El clown hace ahora como que se ofende con el tonto:

—Parece mentira —le dice — que me trates así siendo lo que soy: soy padre de cinco hijos.

—Y, o—contesta el tonto— ¡soy hijo de cinco padres!

El papá de Loló—como los demás — suelta otra vez la risotada.

Loló esta vez se ríe para sus adentros, porque se le ha ocurrido de pronto...

Le distrae lo que dicen los payasos:

—Eso no es lo mismo, hombre: no es lo mismo que cojas un tranvía o que el tranvía te coja a ti... no es lo mismo «tubérculo» que «ver tu...»

—¿Que ver tu qué, papá?... ¡Ah, ya! Loló ha comprendido de pronto y se abochorna porque se han echado a reír todos los de alrededor al oírle la pregunta. El padre se ha sentido en ridículo y le mira furibundo.

Los payasos se han ido.

Va a terminar... Último número. «El salto de la muerte... Salto mortal en automóvil...»

—¿Se caerá, papá? —pregunta Loló, con angustia, ante las aparatosas precauciones.

—No... Está ya calculado... Eso es matemático...

El padre explica a los vecinos: «la curva... la masa... la velocidad... matemático... científico».

También aquello es científico...

Un señor ha salido a la pista:

«Este artista es el mismo—dice— que en el teatro del Bosque de Barcelona se cayó haciendo este ejercicio y se produjo gravísimas heridas, de las que no pudo curar hasta hace poco.»

—¡Lo ves, papá!... ¿No decías que no puede caerse?...

—No se cae, hombre... Es que lo dicen para... más atracción... para que... vamos...

—No, señor, no—dice un vecino—. Se escacharró, se escacharró...

—¡Toma, pues, a ver!...—dice la señora de un maestro de obras—. Se puede matar muy fácil...

Sale el del auto... Traje de expedicionario polar... Salidas... precauciones... examen... lentitud... Van izando el auto... ¡Silencio!... Un señor, en la pista, impone silencio al público. ¿Para qué? Se encabritarán los caballos del automóvil... No; no tiene caballos... Hay que guardar silencio, porque no es cosa de broma estar viendo que un hombre, que un prójimo, puede hacerse tortilla dentro de un momento... Voces de maniobra... «¿Ya?»—pregunta una voz declamatoria—. ¡Ya!—contesta «el capitán», con sangre fría...

No se espachurró aquella tarde...

Loló, de vuelta en casa, se apresura a soltar la broma de efecto que lleva preparada: los domingos cena en su casa su tío Sebastián, y como Loló se ha acordado que el tío Sebastián tiene cinco hijos, lo mismo es llegar que decirle:

—Tío Sebastián, ¿tú eres padre de cinco hijos?

—Yo, sí.

—Pues yo ¡soy hijo de cinco padres!

La mamá de Loló que oye aquello, le grita un: «Niño, ¡estúpido!», que le ha dejado de una pieza. El tío Sebastián le ha dicho:

—¿Qué broma de más mal gusto, hombre. ¿Quién te ha enseñado eso?

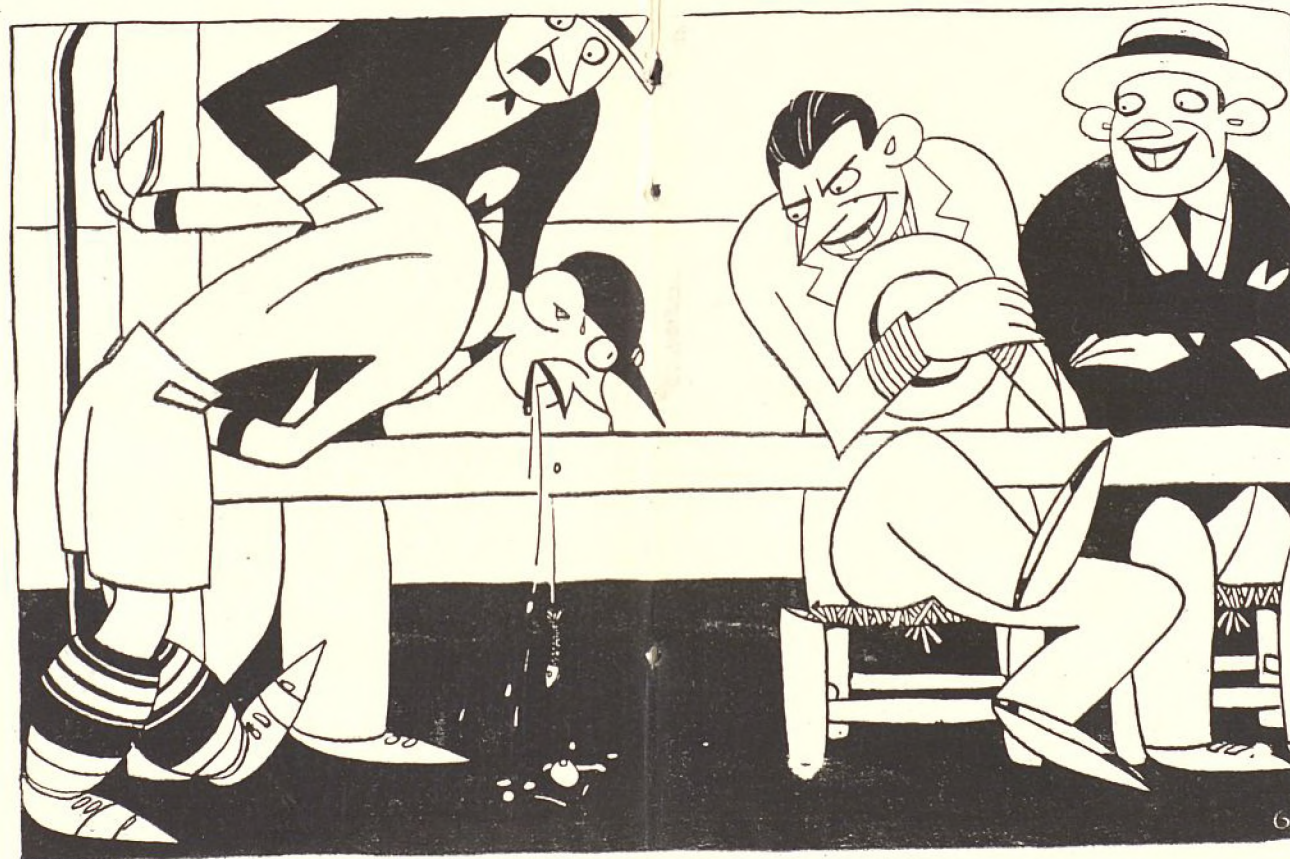
Loló se queda cortado y se calla; no quiere decir que lo ha oído en el circo a los payasos y que papá lo acogió con una risotada... Prefiere no decir nada y ver cómo pasa la nube...

.....

Esta historia no tiene gracia. Quizá porque es historia.

Pero como lo es y no es invención mía—yo aquí no he inventado absolutamente nada; haré cuestión personal al que se me crea capaz de escribir por cuenta propia las gracias antedichas—no me reclaman a mí, si es que reclaman. Yo aquí sólo he querido reproducir un modesto cuadro de costumbres.

MANUEL ABRIL



Dib. GARRIDO.—Madrid

—¿Te has fijado qué bien devuelvo este portero?

DESDE EL CAMPO

LA CAZA Y LOS TEMPERAMENTOS NERVIOSOS

En varias ocasiones he presumido de diferentes cosas; cuando el pelo se me ha ondulado, Dios sabe por qué misteriosas razones, he presumido de pelo; cuando se me ha puesto la mirada soñadora, he presumido de ojos y cuando he considerado que tengo el pie pequeño, he presumido de pie.

Muchas veces no sólo he presumido de pie sino que también he presumido sentado, o tumbado a la larga; y es que en esto de presumir, la postura no importa nada.

Pues bien: juro por la memoria—que, según mis noticias, era muy grande—de don Juan Martín el Empeinado que en esta repugnante y putrefacta existencia nunca he presumido de ser buen cazador.

Naturalmente, esto no tiene importancia. Pero ¿acaso hay algo en el globo—incluida la barquilla—que tenga verdadera importancia? Durante años enteros se tenía por cosa importantísima el sistema filosófico de Kant. Y de pronto, surge el amigo Stendhal, estudia el sistema y lanza a la faz del Universo esta advertencia:

«Señores, esto no tiene importancia ninguna: lo que dice Kant enrevesadamente, lo sabemos ya todos los humanos por sentido común.»

Y, desde entonces, no hay hombre que no hable perrerías de Kant.

Por lo tanto, tampoco aspiro a suponer que tenga importancia el que jamás haya yo presumido de ser buen cazador. Sin embargo, tratándose de un asunto de caza, convenía apuntar el hecho. Y cuanto mejor se apuntase, más convenía.

Sentado el precedente suceso, y conocida mi habitual afición a no abandonar un momento el hogar, a nadie extrañará que yo no saliese nunca de caza.

Además, en las urbes la caza del conejo o de la codorniz se transforma en la caza del billete y del duro, objetos adorados que se esconden más y mejor que los primeros. Y al conejo y a la codorniz se les puede capturar con ayuda de una perra, ¿pero quién sería capaz de atraer con una perra veinticinco pesetas? El que lo pretendiera no cogería un billete, cogería una perra, y eso porque la rabieta sería inmediata y tumultuosa.

En cambio, en los pueblos, la caza es algo así como el ácido bórico en las farmacias. Particularmente en este conglomerado de casas donde ahora resido, la caza ocupa un importante lugar y los individuos que gastan pólvora

como podían gastar sombrero frégoli, son muy numerosos.

Ha llegado el día, ya esperado, en que se me ha invitado a ir a cazar. Una escopeta ha brotado no se sabe de donde; también han brotado unos cartuchos, con su pistoncito y todo, y ha brotado asimismo un sombrero viejo, y un morral. No hacen falta más cosas para echarse al campo.

La escopeta da mucha importancia. Se comprende el aire altivo de los Guardias Civiles y el de las parejas de novios, seres que siempre llevan



Retrato hecho a nuestro hermoso colaborador señor Jardiel Poncela, por un distinguido aficionado a comer caracoles.

En la fotografía aparece el bello compañero en el momento de comenzar las hazañas que cuenta en el presente artículo.

(Prohibida la reproducción).
(Es propiedad de la Empresa Editora).
(En nuestra redacción hay a la venta preciosas ampliaciones al precio de 7 pesetas).

detrás la carabina. En el instante en que he puesto en bandolera la escopeta, he sentido en mi corazón un sentimiento nuevo: la protección. Hubiera protegido a todas las personas que iba encontrando en mi camino, mas, por desgracia, no he hecho falta a ninguna de ellas.

Animados de los más criminales deseos, hemos llegado al soto donde los conejos nos aguardan confiadamente. Es preciso cargar las escopetas. ¡Momento de emoción! Se cargan. La mía se resiste un poco y alguien me advierte:

Está usted metiendo el cartucho del revés.

Rectifico la posición del cilindrito y, con gran satisfacción mía, queda metido en su sitio, donde parece estar muy a gusto.

Entonces se organiza el infame plan: unos irán a apostarse en un claro del bosque; otros avanzarán hacia los primeros haciendo ruido; de esta manera los conejos entrarán en el claro y serán pasados por las armas de los cazadores apostados. La combinación lleva frío a mi medula. Pero me rehago para preguntar:

—¿Yo me aposto también?

Se me contesta que sí, y no sólo me aposto en el claro, sino que me apuesto con uno de los cazadores a que no mato un conejo en toda la tarde.

En poco rato se me hacen varias advertencias:

—Lleve usted el cañón hacia tierra.

—No ponga el dedo en el gatillo.

—Desvíe usted el cañón, que me está apuntando, hombre...

Diez minutos después, las advertencias se convierten en rápidas e imperiosas:

—¡El cañón!

—¡Cuidado!

—¡El gatillo!

—¡Precaución!

En seguida las advertencias son monosilábicas:

—¡Eh!

—¡Ah!

—¡Uff!

Los rostros de mis compañeros están bastante pálidos. De improviso mi escopeta da un respingo y suena una detonación.

—¿Qué ha sido eso?

Nunca habría podido explicarlo.

—¿Se le ha escapado a usted el tiro? —me dice uno con los ojos muy abiertos.

Yo trato de disimular.

—No, no... Era para probar la pólvora.

Pero no se deciden a creermelo y pronto desaparecen todos en la espesura y quedo sólo en el claro del bosque. Esto me alivia bastante.

Ha llegado el momento de esperar el advenimiento de los conejos. Tras una larga pausa comienzan a oírse cada vez más próximas las voces técnicas de los ojeadores.

—¡Dale! ¡Ahí va ese! ¡Dale, que es zapatero y lleva mandil!

Estas extrañas confesiones me llenan de turbación. Con la vista clavada en el límite del bosque y las manos

BUEN HUMOR

temblorosas, aguardo el momento propicio. De repente, ¡zas!, un bulto gris da una cabriola y desaparece tras una mata. Es un conejo. En seguida otro bulto gris cruza como si fuera a poner un telegrama urgente. Luego cruza otro y más tarde otro. Ya salen de todas partes rápidamente y desaparecen con igual celeridad. Se ven muchos rabbitos blancos durante centésimas de segundo. También se ven algunas orejitas grisáceas.

Por fin aparecen los compañeros que gritaban. Voy hacia ellos alborozado.

—¡Han pasado lo menos quince!

—les aseguro con gran alegría.

—¿Y no les ha tirado usted?—me preguntan.

La interrogación dibuja en mi rostro una sonrisa de suficiencia.

—Claro que no. No se ha parado ninguno.

Los otros cazadores me miran con dureza agresiva. Y comienzan a desfilar de nuevo murmurando entre dientes no sé qué terribles frases.

Al quedarme solo enciendo un cigarro y me tumbo bajo un arbolito.

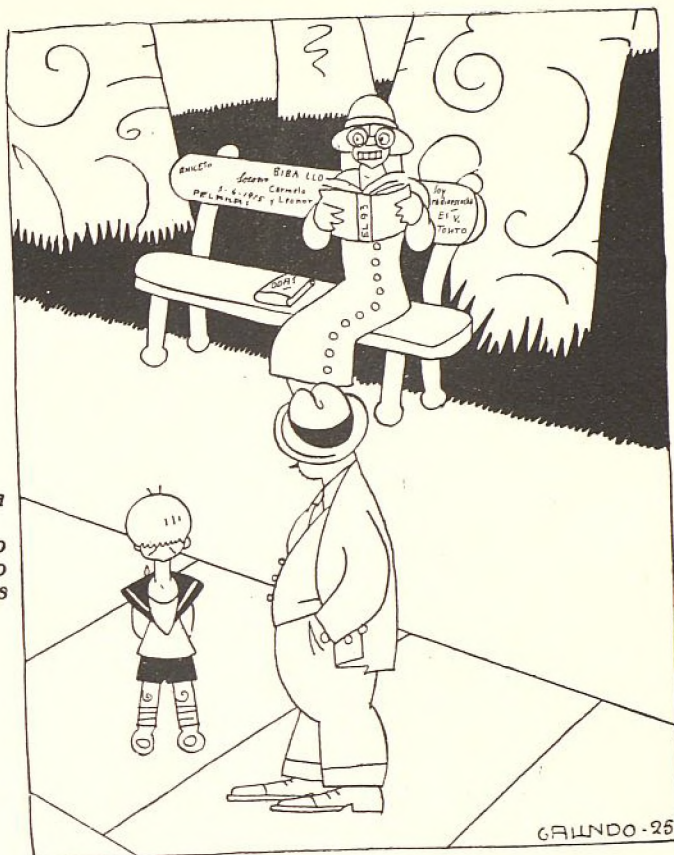
Se oyen los disparos de mis compañeros, pero no les concedo importancia. Acabo de descubrir que la caza es un deporte sólo para temperamentos nerviosos.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Quinto de Ebro (Zaragoza).

Dib.
GALINDO
Madrid.

—Papá, ¡el aya
me ha pegado!
—Ya decía yo
que de esta aya no
nos iba a salir más
que leña.



GALINDO-25

EPIGRAMAS DE "BUEN HUMOR"

De ejemplo de previsión
se cita a Julián Rincón,
tendero de ultra narinos,
que una tienda de pistón
tiene en los Cuatro Caminos.

Ayer un kilo al pesar,
dió sólo medio a la Patro
y ésta dijo, al protestar:
¡¡sal a un camino a robar,
pero no salgas a cuatrol!...

La beata Orosia Luna
se empeña en que Satanás
tiene una inmensa fortuna
que aplica, sin duda alguna,
a tentar a los demás.

Y ayer dijo al confesor:

—¿Habrà allí un Libro Mayor?...
¿Quiénes llevarán las cuentas?...
Y contestó el Padre Armentas:
—¡El diablo... y su tenedor!...

...

Se estrenó en un coliseo
un drama bastante feo
y de enorme pesadez,
y fué horroroso el meneo
que le dió el supremo juez.
Y en medio de aquel furor,
gritó uno de la platea:
—¡La cabeza del autor!...
Y aclaró otro espectador:
—¡La cabeza, o lo que sea!...

...

Clemente Fe agonizaba
y el doctor que le asistiera
opinó que la diñaba
y que la Uñción se le diera.
Pero mejoró Clemente
y dijo el doctor Alaria:
—¡Ha sido el primer paciente
que me lleva la contraria!...

...

Ejemplo de un mal reparto:
Cantando Marina, Sarto
que era un tenor andaluz,
dijo a Marina: ¡yo parto!,
y mientras tanto en su cuarto
su señora daba a luz...

NÉSTOR O. LOPE

BUEN HUMOR se vende en la HABANA en la Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, Pl y Margall, 135-139

HAY QUE COMPRIMIRSE

Advierlo al que me lea,
que no abrigo la idea
de hablar mal de poetas y escritores.

Siendo yo el peor de los peores,
carezco de derecho
a criticar lo que otros hayan hecho.

Censuraré tan solo en mi poesía
la moderna y tenaz monomanía
de ofrecer homenajes y banquetes
a personas que son unos zoquetes.

Ante el genio real y verdadero,
yo me quito el sombrero.
Y si parece escasa esta fineza
soy capaz de quitarme la cabeza.

Conque... Arriba el telón
que voy a comenzar mi narración.

En un pueblo cercano a Salamanca,
donde la gente es ruda, pero franca,
habitaba un poeta medianejo,
falto de inspiración y ya muy viejo.

El pueblo le tenía
(y era muy natural, si otro no había)
por genio superior, esclarecido,
de las musas el hijo preferido,
digno de codearse en el Parnaso
con Lope, Calderón y Garcilaso.

El padre del poeta referido
en la guerra civil había servido.
En ella se portó como un valiente
llegando a subteniente,
mereciendo alabanzas de Espartero,
que, general en jefe justiciero,
en la orden del día
hizo constar su noble valentía.

Esta honra jamás llegó a olvidarla
y queriendo pagarla
y demostrar que era agradecido,
a todos cuantos hijos ha tenido
(que fueron diez y seis) el pobre hombre
de «Baldomero» púsoles el nombre.

Cuando el padre y la madre a uno llamaban
juntos los diez y seis se presentaban,
al objeto de ver, bien aclarados
cual de los diez y seis era el llamado.

Por lo cual decidieron, como lógico,
numerarlos por orden cronológico,
evitando con esta previsión
que fueran, al llamarles, en montón.

Pues bien; a este poeta celebrado
hijo del subteniente mencionado,
multitud de vecinas y vecinos,
en su gran mayoría salmantinos
acordaron hacerle un homenaje
que honrara su persona y su linaje.

Buscaron al poeta y le dijeron
el concebido plan, y convinieron

empezar en el acto la jornada
que, sin duda, tenían preparada.

Subiéronle a un vetusto carruaje
adornado de flores y ramaje.
A su lado el Alcalde Presidente,
ufano, satisfecho, sonriente.

Muchedumbre apiñada y expresiva
gritando iba delante ¡viva, viva!
Llevaronle al casino,
le obsequiaron con pastas y con vino.

Era por la mañana,
y el ilustre señor no tenía ganas;
pero a la fuerza hiciéronle beber,
pronunciar dos discursos y comer.

A las doce banquete de etiqueta,
rancio pescado, colosal chuleta
de animal inmolado cruelmente
cuando Napoleón era teniente.

Postres variados y café con copa
que al beberlos mancháronle la ropa,
y *Champagne*—Codorniu para los brindis
porque, cual todos saben, esto es *indis*—
pensable en toda comilona
donde se juntan más de una persona.

De tres y media a cuatro
chocolate de honor en el Teatro,
con bizcochos y leche intoxicada
que el vate se bebió sin decir nada,
por creer de mal gusto e incorrecto
al *lunch* poner el más leve defecto;
a las siete, corrida de novillos;
en el palco, sorbete con barquillos.

La merienda no había de faltar
y de allí le llevaron a un pinar;
sobre la fresca hierba le sentaron
y de arroz con pimientos le atracaron.

Y luego, para alivio de sus males,
fuegos artificiales.

Un cohete imprudente
vino a herirle en la frente;
a un ojo se corrió y a más de tuerto
su gran calva dejóle al descubierto,
pues le abrasó el cohete la peluca,
desde la coronilla hasta la nuca;
siendo la burla de los aldeanos
que, imbuídos, gozaban inhumanos
al ver al escritor tan mal herido
con el ojo en la mano desprendido.

*Lo que prueba, lector de mis amores,
que al otorgar a uno altos honores,
hay que andarse con tiento,
no olvidando al poeta de mi cuento.*

*Pues tanto quiso el diablo a sus hijitos
que a fuerza de caricias y mimitos
(lo dicen los Anales del infierno)
les arrancó los ojos con un cuerno.*

TOMÁS LUCEÑO

DE LA VIDA DEL TEATRO

LA PRIMERA COMEDIA
Y EL PRIMER SUSTO

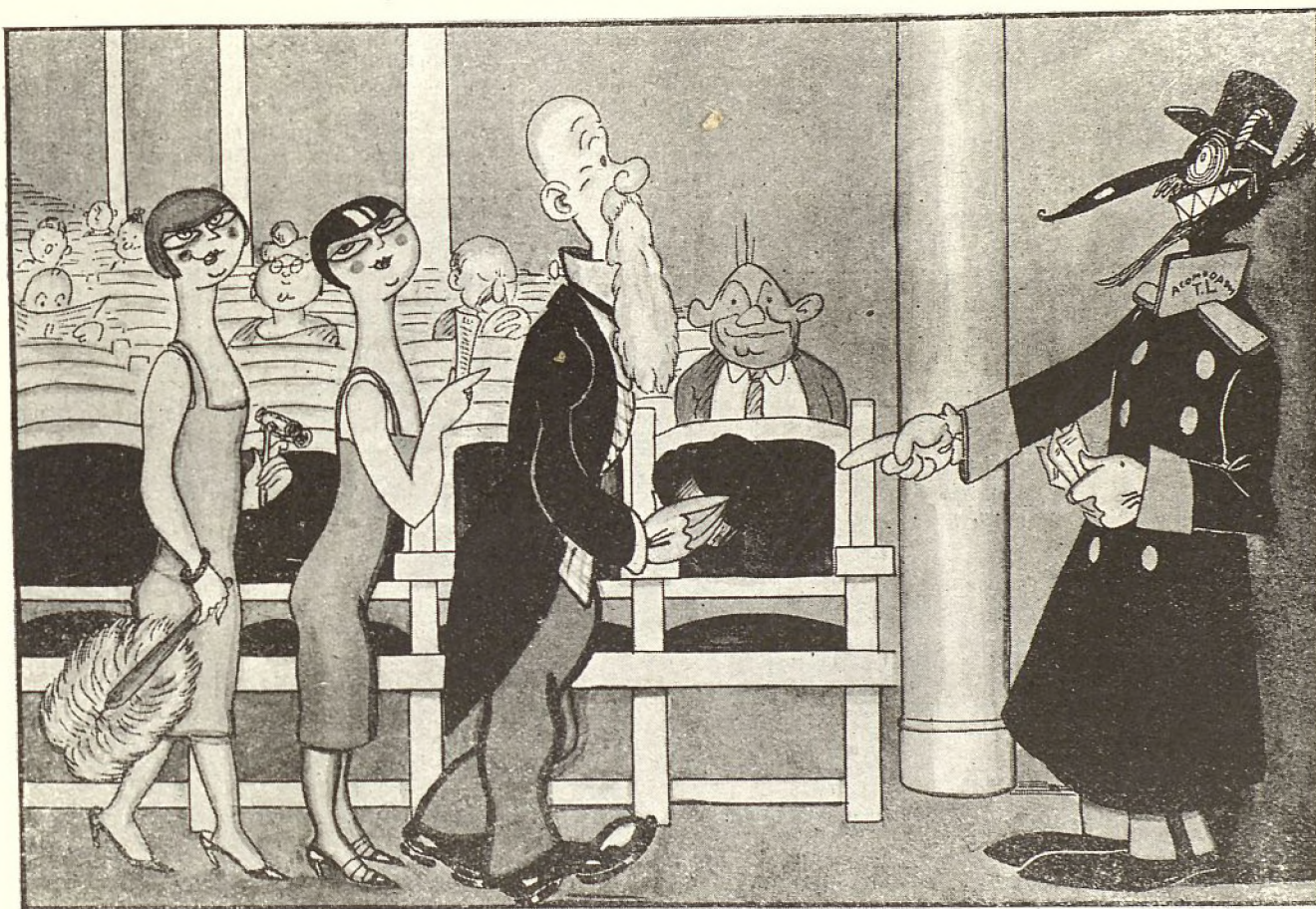
Por las circunstancias en que se estrenó *Aire de fuera* en el Teatro Español con María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, para mí dolorosas por motivos familiares, en realidad mi primer estreno es *El abolengo* en Lara,

comprobar que alguien creía en la posibilidad de mis triunfos.

Eran las tres de la tarde cuando me anunciaron la visita del inolvidable y respetabilísimo Don Cándido Lara, a quien guardo perpetua memoria de

Le contesté: bueno. Así, nada más. Lo que tenía gana era de abrazarle y de estrujarle y de besarle, pero el gallego que anda por mi contestó olímpicamente; bueno.

Echegaray, en todo su esplendor



pues entonces pude asistir a los ensayos y presenciar la representación con las emociones, esperanzas y sobresaltos que acompañan a toda obra.

Al abolengullo le tengo una especial predilección no solo por haberse portado espléndidamente —pues lleva veinte años de estrenado y aún no dejó un sólo mes de representarse— sino por ser la primera obra que me pidieron y por consecuencia la primera vez que sentí la inmensa satisfacción de

cariño y de profundísimo agradecimiento..

¿Que si le hice esperar mucho? ¡Están ustedes locos! Pegué un brinco, pegó otro brinco mi mujer, quedóse el criado con la boca abierta, y cuando me repuse un poco de la emoción salí como un rayo en busca de Don Cándido.

—Vengo a pedirle a usted una comedia. —Me dijo.

—Bueno.

entonces, no hubiera respondido con más laconismo.

Don Cándido, que no era gallego pero merecía serlo, no hizo más que sonreírse por fuera. Por dentro tengo la seguridad de que se reiría a carcajadas... ¡y con razón!

—Para la temporada próxima ¿estamos?

—Bueno.

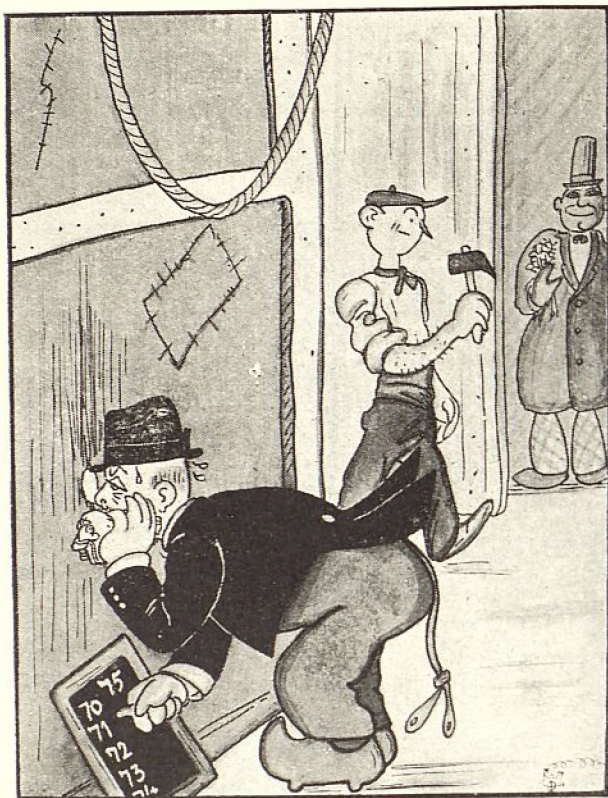
Júpiter hablaba por mi boca.

—¿Podremos ensayar en enero?

—Ensayaremos.
 —¿Y estrenar hacia fines?
 —Estrenaremos.
 Así, a martillazos.
 —¿Tendrá usted tiempo para escribirlo?
 —De sobra.
 Estábamos a fines de noviembre,

Y en un mes y veinte días escribí, se ensayó y se estrenó *El Abolengo* ¡mi amado abolenguillo!..

.....
 Como yo no podía fiarme de mi oído para ir siguiendo las impresiones del público en el estreno, se hizo un agujero en el telón del fondo y desde allí



pero yo no tenía idea en aquel momento de que era noviembre ni de cuando era enero. ¡No importaba!

—¡¡De sobra!!

Y si me dice que a leer mañana le contesto que ¡mañana!

Aunque luego le hubiera leído un artículo de *El Imparcial* o de *La Época*.

¿Pero poner yo una dificultad? ¡Dios me libre! No fuera Don Cándido a arrepentirse y nos quedáramos Júpiter y yo viendo visiones.

Marchóse el buen Don Cándido Lara a las tres y media. A las tres y media y un minuto le decía yo a mi mujer que me dispensara si no la atendía *porque estaba agobiado de trabajo con las peticiones de las empresas!*

¡Y a las tres y media y dos minutos me paseaba de arriba abajo por el despacho buscando asunto para una comedia y persiguiendo como un loco a os nonnatos personajes!

atibababa los gestos de los espectadores para coleccionar por su fisonomía el efecto que la comedia les causaba. ¡Y en mis ojos se concentró cuanto había en mí de nervios, de esperanzas y de temores!

Quiso el diablo —¡salud, distinguido amigo!— que en el sector de público por donde mis miradas podían ir atalayando hubiera un respetable y simpatiquísimo señor, con su barba ya medio blanca, sentado en una butaca de la fila segunda y acompañando a dos muchachas muy guapas y muy jóvenes.

Como cogía tan próximo y el terceto era tan simpático, a ellos miraba yo con especial predilección. Las muchachitas parecían regocijadas con lo que escuchaban y el buen señor no quitaba ojo de la escena... cuando...

Cuando... ¡ay! cuando... ¡ay, ay! cuando el buen señor abre la boca de

una manera terrorífica y bosteza. ¡Qué bostezo mas largo, más sostenido y mas definitivo!

¡Me quedé livido! ¡Se aburrían ya en la segunda escena!

Y así, entre bostezos suyos y angustias mías se pasó todo el acto. Bien quería yo apartar la mirada de aquel antipático señor... —¡ya era antipático!— ¡pero imposible! Porque por más que lo intentaba no tenía atención más que para él. Y en mi profundísimo desconsuelo ya ni pensaba en la obra, dedicándome exclusivamente a contar los bostezos.

—Veinticinco... veintiséis... ¿llegará a los treinta en el acto? Veintiocho... veintinueve... ¡¡treinta!! ¡¡llegó!! ¡¡llegó!!

De no acertar en la comedia ¡siempre era una satisfacción el acertar por lo menos en aquella absurda contabilidad!

Concluye el primer acto. Se oyen los aplausos, el público se muestra amabilísimo y salgo a escena olvidado ya del enojoso incidente.

Segundo acto... mío y del señor aquel. No hice más que aproximar la cara al telón ¡y ya vi la enorme boca descoyuntada!

Bueno. Seguiremos la cuenta. Treinta y uno... treinta y dos... ¡así te rompas las quijadas! treinta y seis... treinta y siete... ¡así te parta un rayo! Cincuenta... sesenta... ¿llegará a los cien? Ochenta... noventa... ¿llegará?.. Noventa y siete... noventa y ocho... ¿llega? ¡¡llega! ¡¡llega! ¡¡llegó!! ¡¡llegó!!

¡Bendito sea Dios! No creía yo posi-



ble que una comedia, ni aun de las mías, pudiera tener un éxito semejante. ¡Cien bostezos! Indudablemente era el campeón del aburrimiento y mi comedia batía el record de las insulsece-

BUEN HUMOR

¡Todo sea en compensación de mis pecados!

Termina la obra. Se confirma el éxito grande y halagador, salgo a escena veinte veces sonriente y satisfechísimo, y luego voy al saloncillo a recibir

El amigo con quien venía —un íntimo mío— se me acerca rápidamente y me dice:

—¡Háblale muy alto que no oye nada!

—¿Que no oye nada?

—Nada.

nada pero tenía que acompañar a las niñas y no quise privarlas de la satisfacción de asistir a su estreno.

—Gracias, gracias.

—De parte de ellas la enhorabuena, señor Linares, y mía también, aunque



por primera vez en mi vida los apretos de manos y el dulcísimo estrujón de los abrazos, cuando...

Cuando... ¡cielos, divinos cielos! el campeón de los bostezos que entra a felicitarme.

A pesar de la inmensa alegría que me rebotaba por los poros no pude contener la ira y me fui como una flecha contra el enemigo; le cogí de las solapas y zarandeándole le dije: Oiga usted, grandísimo farsán...

¡Cielos! ¡Divinos cielos! ¡¡Qué alegría!!

Y soltándole la solapa le abracé cordialmente, efusivamente y repetidamente.

—¿Que no oye usted nada?

—¡Nada!

—¡Ay qué gusto! Permítame, permítame.

Y abrazos y mas abrazos y vengán abrazos sin cesar.

—Desdichadamente no disfruto de

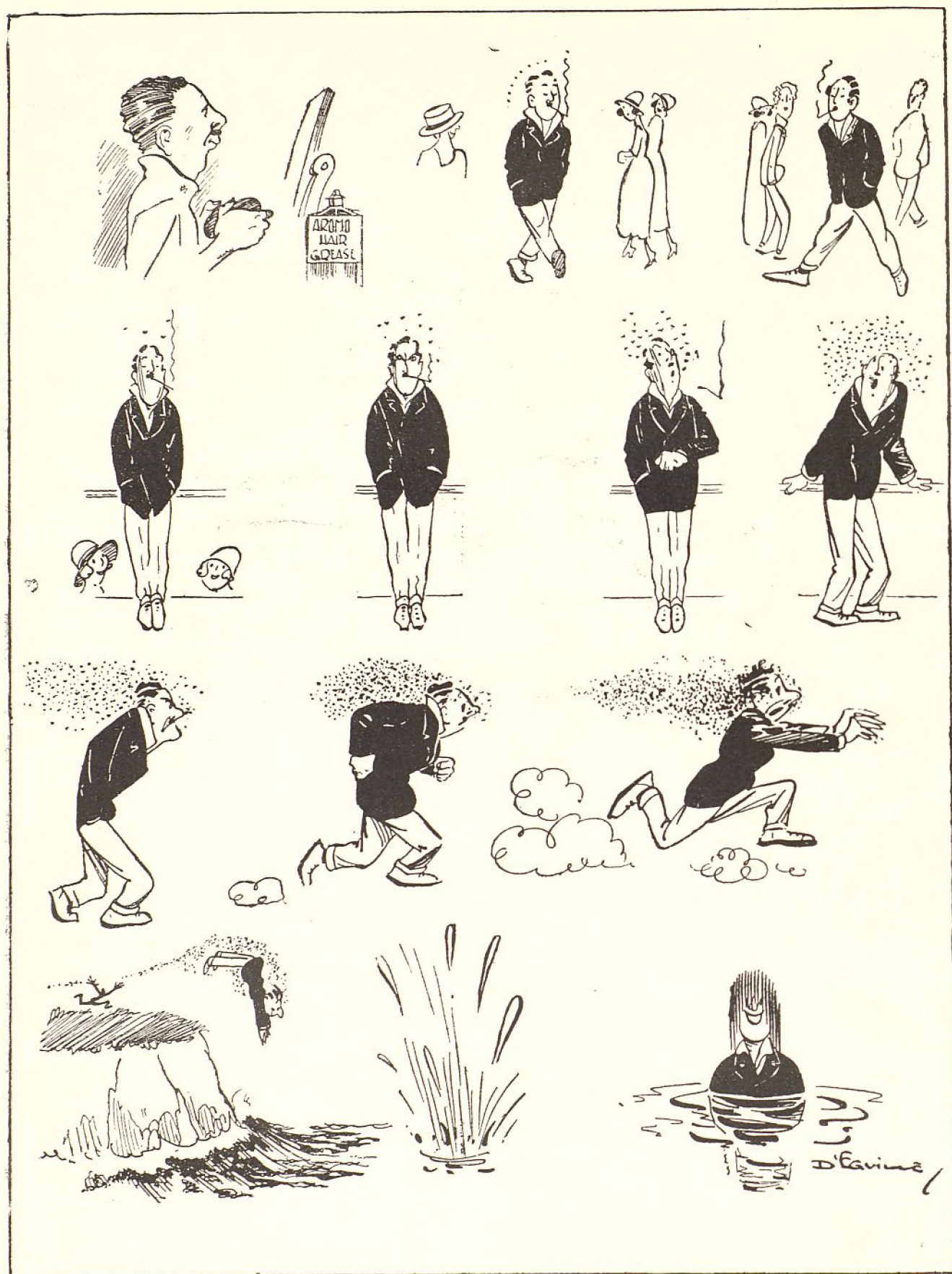
yo no haya podido saborear su obra. ¿Que no la había oído?

¿Cabía mayor felicidad en la tierra? Entonces era evidente que no todos los bostezos me correspondían...

¡Y eso en literatura es mucho, enormemente mucho!

MANUEL LINARES RIVAS

(Monos de Sama.)



EL MEJOR COSMÉTICO PARA EL PELO

Ayuntamiento de Madrid

(De The Humorist, Londres.)



DEL BUEN HUMOR AJENO



EL NOMBRE

por Harris Friend

—Yo tenía algo que decirte, pero no me acuerdo—díjole a Juan su esposa.
—¡Ah, sí, ya sé! Te ha llamado por teléfono, hace un momento, tu amigo... ¿qué nombre me dijo? No recuerdo. Quedó en llamarte dentro de una hora,

—¿Quién era?

—El Sr... ¡Qué raro, lo he olvidado! Y era un apellido corriente... parecido al del vecino de al lado.

—¿Blanco?

—No; pero algo así.

—¿Rojo?

—No, no era un color... digo, espera... no. ¿Conoces a alguien que se llame Sáinz?

—Nuestro zapatero.

—No, otra persona que te pueda llamar por teléfono.

—No sé, no recuerdo..

—Me parece que no era Sáinz ¿Era Suárez?

—Tú sabrás.

—Creo que sí, casi seguro.

—¿Te dijo su nombre de pila?

—Sí, José.

—José Suárez... no conozco...

—Espera, que creo que era Antonio, ¿Antonio o Carlos?

—Bueno, ¿pero estás segura de que el apellido era Suárez?

—Completamente segura, no. Creo que era Suárez.

—¿No sería Sandoval? De este apellido sí conozco a uno.

—¿Sandoval? ¿Es aquel que tiene el pelo todo rojo y una cabeza muy gorda?

—Sí.

—No, que había de ser ese; lo hubiese conocido en la voz; si habla como una mujer. Dime otros nombres de personas conocidas, a ver... En cuanto lo oyera me acordaría.

—Vamos a ver: ¿Julio Rodríguez?

Ella movió la cabeza negativamente.

—¿Paco Martínez?

—No, era un nombre más corto; algo así como Ruiz, Pons... creo que empezaba con L.

—¿Luceño? ¿Luque?

—No estoy segura. El caso es que ahora creo que era Muñoz... o Pedro o Felipe Muñoz.

En ese momento sonó el timbre del

teléfono y Juan se puso al aparato, comenzando el siguiente diálogo telefónico:

—¿Quién llama?

—¿Eres tú, Juan?

—Sí.

—Al fin doy contigo.

—¿Quién es ahí?

—Enrique Núñez. ¿No te ha dicho tu mujer que llamé hace una hora?

.....

¡ROBADO, Y TAN CONTENTO!...

por White

Don Félix amaba la tranquilidad; pero no conseguía disfrutar nunca de la paz que reclamaba su espíritu.

Tenía esposa, una hija, un hijo, un perro y un loro. El loro gritaba sin cesar, el perro ladraba por la menor cosa, su hijo tocaba el violín, su hija

el acordeón y su mujer el piano. El pobre D. Félix no estaba tranquilo ni un instante. ¡Con lo que él amaba la tranquilidad!

Una noche, cuando todo dormía en su casa, oyó D. Félix un ruido inquietante y siniestro. Se levantó y armándose de un revolver entró en el comedor. Dió la luz y gritó: ¡Arriba las manos! Dos ladrones estaban allí a sus pies envolviendo los objetos robados, los cuales a la voz de D. Félix levantaron sus manos.

—¿Qué hay en esos paquetes? preguntó.

—El perro que hemos estrangulado.

—¿Y qué más?

—El loro.

—¿Y qué más?

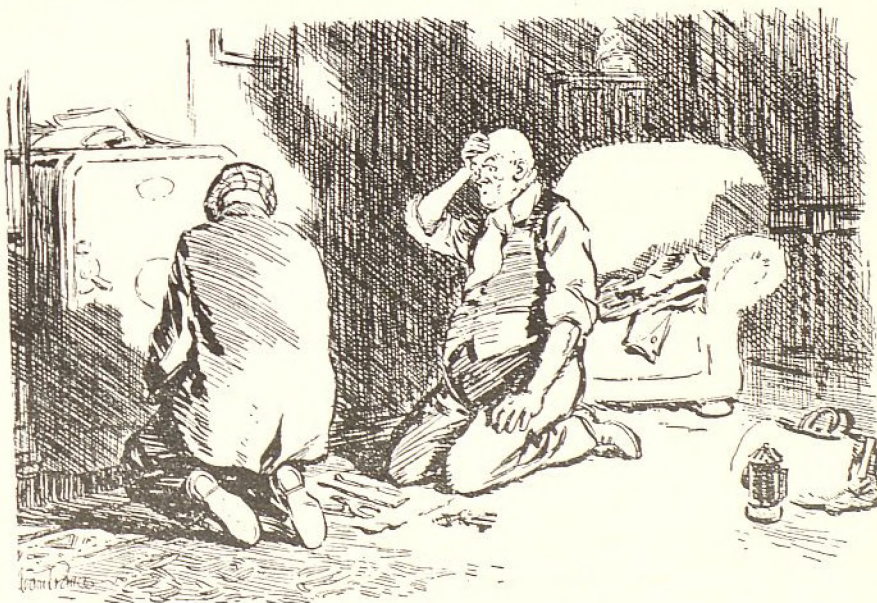
—Un violín, un acordeón...

—¿Nada más?

—Nada más.

—Está bien, pueden ustedes llevarse lo. Se lo regalo; pero con una condición que se lleven ustedes también el piano.

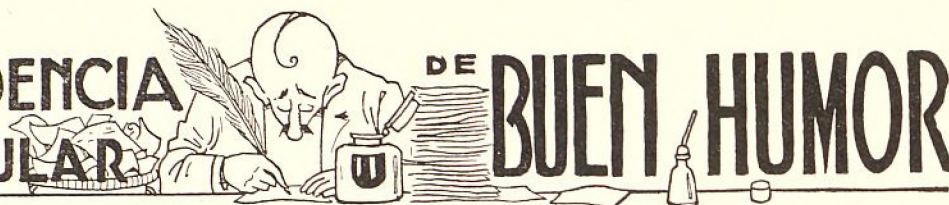
G. D.



EL LADRÓN.—Si los jueces supieran el trabajo que cuesta robar serian mucho más benignos con nosotros en sus condenas.

(De The Humorist, Londres).

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Olimpica. Barcelona.—Señorita: con profundo dolor le decimos que eso que usted nos cuenta, nos lo habían contado ya en nuestra tierna, a la par que lejana infancia. Y ¡ay! entonces nos hacía más gracia que ahora. Indudablemente, nuestros gustos han cambiado.

José Rf.—De una sencillez y de una ingenuidad atortolantes.

Chun-Gón. Pekín.—¿Un cuento indeciblemente y firmado con un camelo chino? ¿Jamais de la vie! ¿Queda rechazado, pues, por lo chino del seudónimo y por lo cochino del cuento? ¡Que Confucio te guarde y vete corriendo a Hong-Kong para que no te veamos más el pelo... o la coleta, o lo que gastes!

Cesáreo Alonso

Ortopédico del Hospital Militar y del Instituto Rubio.

Talleres propios. Precios económicos.

Fuencarral, 104. Tel. 405 J.

Risueño. Madrid.—Risueño: ponte serio, que te vamos a dar una mala noticia. Tu trabajo literario es una imbecilidad... ¿Lo ves? ¡Ya no te ríes! ¡Si nos lo estábamos figurando!

A. V. G. Valencia.—Si tuviera

usted sobre su conciencia la muerte de dos hombres, dos señoras y dos niños, no sería usted más criminal que escribiendo las seis incalificables composiciones que nos ha largado.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

E. T. P. Madrid.—¿Que *La Voz* tira más ejemplares que nosotros?... ¡Vaya una noticia!... ¡También usted tira más cokes que el caballo de Espartero y no se nos había ocurrido decirlo, a pesar del daño que nos han hecho en diversas ocasiones!...

G. G. A. Albacete.

No sirve su poesía porque es una tontería

Pistock. Madrid.—¡Qué chistoso y qué pillín, y sobre todo, qué original es este escritor humorista! ¿Pues no dice que a su cocinera le ha subido la falda el carnicero?... ¡Vamos, te daba así!...

R. B. de J. Madrid.—Lo del *para-pluie* para Plá, ya lo dijo García Álvarez en no sé qué comedia. No

Los corsés y fajas, de casa de *Presa*, son siempre elegantes, bien a todas sientan. Y el sostén de pechos de marca *Ideal*, saben las señoras que no tiene igual.

Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00-M.

imite usted a Ramper, que le está embargando a ese saleroso dramaturgo todos los chistes y le va a dejar en camiseta (chistosamente hablando) si Dios no lo remedia.

C. C. S. Zaragoza.—Usted ha roto sus relaciones con Pilar y nosotros hemos hecho lo mismo con las cuartillas en que nos contaba la triste escena.

Crísóstomo. Madrid.

¿Y no habrá alguien que te mate por tu artículo *El tomate*?

Porque, caramba, lo merecías de verdad.

R. S. G. Madrid.—Le vamos a contestar a usted con toda la franqueza que nos pide. No sirve usted

para escritor. Le damos, por tanto, la más entusiasta enhorabuena, porque es un oficio muy malo. ¡Vamos, es mucho más malo que el trabajo que nos ha enviado! ¡Fíjese usted qué espanto!

E. S. U. San Sebastián.—¡Bien! ¡Muy bien! ¡Magnífico! ¡Admirable! ¡Fantástico! ¡Cosmogónico! ¡Desopilador!... ¡Eso es escribir y lo demás son narices y armas al hombre!

Véase la clase, verdaderamente extra, que gactas para andar por casa:

«Surge Enriqueta desnuda de la caseta. En el mar su cuerpo moja con voluptuosidad extraña y no se sonroja cuando el agua su cara-baña...»

Y a propósito: púrgate. ¡Que debes

No tendrás ni un pretendiente niña, aunque lo mande Apolo, si no haces frecuentemente uso del Licor del Polo.

de tener un atasco de versos idiotas que te van a dar una congestión!

Cagliostro. Madrid.—¿Conque *El bastón* se lo ha sacado usted de la cabeza?... ¡Pues ande usted con mucho cuidado, que sería muy fácil que se lo volviesen a meter en ella violentamente!...

Rumpkoff.—El que usted colabora en *El Imparcial* no creemos que le de derecho a fastidiarnos a nosotros también. ¡Ya basta con que haya una víctima de sus desafueros! ¿No le parece a usted?

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETAS, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

Dibujos que se han fastidiado rotundamente. Los remitidos por los carifosos artistas que forman la siguiente patética colección:

M. Gómez de los Santos (Utrera), P. A. Grós, G. Calvo (Madrid), Huguierza, Siúl (Madrid), H. Menchaca (Algorta), Amable Leal, Vizcaino

(Madrid), Emilio (Cuenca), María Luisa Robles, Rey, Manuel García (Madrid), C. I. B. (Salamanca), Alfere (Bilbao), Rhodis (Madrid), Simara, Vert (Pasajes), Desmarvill (Madrid), Martínez (Alanís de la Sierra), R. B. C. (Barcelona) y A. V. Medel (Madrid).

J. M. D. Barcelona.—Su cuento *La coartada* tiene cierto tufillo extranjero que nos escama. No decimos que... ¡Dios nos libre!... pero,

DANDY

LA MEJOR CREMA PARA EL CALZADO—
MANUEL FERNÁNDEZ
Carrera de San Jerónimo, 14.
(LIMPIABOTAS)

vamos, nos parece..., juraríamos que alguna vez... ¿Usted qué opina? ¡Con franqueza! ¡Díganos la verdad, que nosotros no se lo contamos a nadie, palabra de honor!...

Clinio Gutiérrez Garrote. San Sebastián.—Confórmese usted con que le publiquemos algún chistecillo que otro, pero como colaborador espontáneo y de más altura, tendrá usted que perdonar por ahora..., y sospechamos que por luego.

G. R. Madrid.—Esas *Sentencias* se parecen a la mar (y los peces) a varias cosas que ya hemos hecho reiteradas veces en las columnas de este precioso semanario. Huelga, por consiguiente, la repetición del ameno disco.

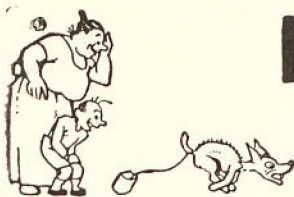
J. Pellissá. Ceuta.—Su *Becqueriana* es, en efecto y como usted ya sospechaba al enviarnosla, demasiado seria. ¡Qué lo vamos a hacer! ¡Paciencia y patriotismo!

E. S. A. Valencia.—La *rosa orgullosa* nos ha oído mal. La otra parte de su envío se aprovechará en la sección correspondiente.

CUPÓN

correspondiente al núm. 197 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—Vengo a afinar el piano.
—Pero si yo no le he enviado a usted recado para que viniera.
—No, señora. Vengo de parte del vecino de al lado.

T. Molina.

—¡Vaya una hora de venir a casa un hombre casado!
—¡Mujer, si son las once!
—¡Falso! ¡El reloj acaba de dar las tres!
—¿De manera que das al reloj más crédito que a tu marido?
Brunete.—Madrid.

Un vendedor ambulante de décimos de Lotería, próximo a contraer matrimonio, acude a requerimientos del cura a examinarse de doctrina cristiana.

Entre otras varias preguntas que el cura le hace y que él contesta afirmativamente, le interroga sobre los Mandamientos de la Ley de Dios, y ya lleva contestados hasta el noveno.

Al llegar al último:

El cura.—¿El décimo?

El vendedor (olvidándose que está en doctrina).—A cuatro pesetas para el próximo sorteo.

Mariano Blanco.—Gijón.

Estando de maniobras una compañía y simulando una batalla, el sargento encuentra a dos quintos dormidos a la sombra de un árbol.

—¿Qué hacéis ahí, gandules?

—Perdone, mi sargento, pero es que para darle más realidad a la batalla nos hemos hecho el muerto.

Pelotilla.—Zaragoza.

Buen método.

—Pero, ¿cómo ha hecho usted, señor, para poder visitar Madrid en dos días?

El inglés.—Fácilmente. Mi hija ha visitado los monumentos y los museos; mi mujer los almacenes, y yo los music-halls y los cafés.

Sotam-Hacho.—Ceuta.

Diálogo entre un soldado y una cocinera.

El.—¿Me permite que la acompañe, prenda?

Ella.—¡No, por Dios! ¡Huele usted a rancho!

El (malhumorado).—Es usted una cateta.

Ella.—Se engaña. Soy criada en Madrid.

L. M.—Cuatro Vientos.

—¿Cuáles son los chicos peor educados?

—¿...?

—Los monaguillos, porque contestan a los padres.

Charlot.—Madrid.

En el cuartel.

El Instructor.—Quedamos en que los animales se dividen en dos grupos. Racionales é irracionales. Vamos a ver, usted. ¿A qué grupo pertenezco yo?

El Recluta.—A los racionales.

El Instructor.—Muy bien y usted.

El Recluta.—A los irracionales.

El Instructor.—¡Hombrel!

El Recluta.—Es que me ha rebajado el médico y no quieren darme mi ración.

José Escalona.
Ceuta.

—Oye, Luis: ¿por qué no te dejas el bigote?

—Porque no me sale.

Roque.—Valladolid.

—¿A quién se debe la invención del coche?

—Al pavo, que fué el primer animal que hizo la rueda.

Benjamín López.—Madrid.

Un borracho toma un tranvía del número 49 en la glorieta de Bilbao, y alargándole los «quinque» al cobrador, le dice con tono chungón:

—Un cuello de Claudio en la calle.

El cobrador, muy serio, le contesta:

—Este número, que es el 49, le está muy grande. Un 11 de número le vendrá bien y le dejará en la calle de Claudio Coello, 1, que es donde desea usted ir.

Fernando Muñoz Rivera.
Madrid.

Dos perros, uno blanco y otro negro, sostienen una pelea; el blanco, más fuerte que el negro, muerde a éste, pero el negro en un descuido hiere al blanco.

—¿Cuál de los dos perros puede decir que ha vencido?

—Ninguno, porque los perros no hablan.

Antonio Gumiel.
Ciudad Real.

—¡Qué! Ya no subo más a esos coches coloraos que hay a la salida de la estación.

—¿Por qué?

—¡Recontra! ¡Porque no se può hablar! El otro día iba yo con un paisano, hablando, y al llegar a una plazoleta, el tío que cobra, se conoce que se incomodó y me gritó: ¡Callao!

Ojeda.—Madrid.

En la Comisaría.

El comisario, dirigiéndose a un borracho.—¿No le da vergüenza de andar por las calles de ese modo?

El borracho.—¿Es que quiere usted, señor comisario, que con esta tajá ande por el alambre como Mr. Blondín?

L. Moniero.

—¿Qué cosa es la que se pone en la mesa, se corta, se reparte, pero no se come?

—¿...?

—La baraja.

Antonio Romero.
Rincón de la Victoria.



El esposo ultrajado.—Te estuve espiando detrás de la puerta y no hacías más que decir: «¡Bonito!» y «¡Qué rico!»

Ella.—¡Es que estaba comiendo escabeche!

José M. Conde.

En la camisería.

El representante.—Soy el representante de la casa A. Pin Pons Prats.

El dueño (sin dejar que termine).—Fuegos artificiales no queremos.

Manuel Cerro Palomo.

El marido.—Te quejas de que tienes pocos vestidos, cuando te puedes hacer los que quieras sin que te cuesten un céntimo.

La esposa.—¿Cómo?

El marido.—Pues cuando acaba de llover, porque se retiran las nubes y queda raso.

Carbajal.—Albacete.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

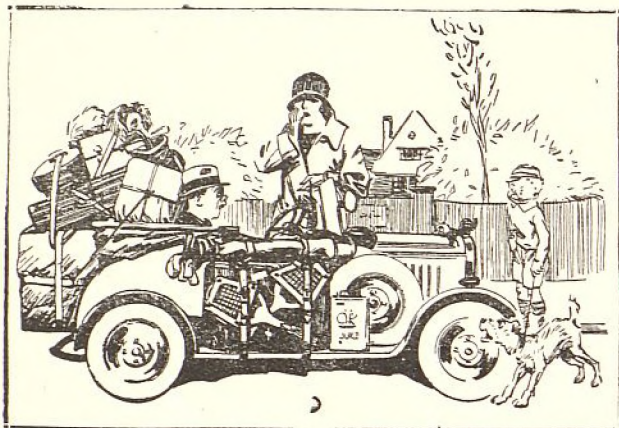
VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

BUEN HUMOR se vende en Bogotá (Colombia) en la Librería Médica, 9. Edificio:

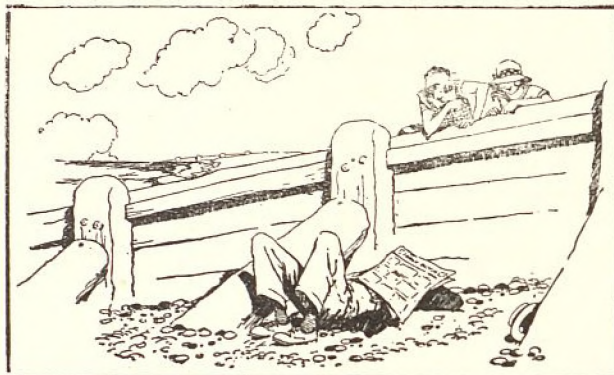
Hernández 9,



La mujer.—¿Hemos olvidado algo, Juan? ¡Haz memoria!

Juan.—¡El piano de cola!

(De London Opinion, Londres.)



--¿Qué te parece, ¿es Adolfo o Juan?

—¡Tírale una piedra en la cabeza y saldremos de dudas!

(De London Opinion, Londres.)

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS		
Trimestre (13 números).....	5.20	pesetas
Semestre (26 —).....	10 40	—
Año (52 —).....	20	—

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS		
Trimestre (13 números).....	6.20	pesetas
Semestre (26 —).....	12,40	—
Año (52 —).....	24	—

EXTRANJERO		
UNIÓN POSTAL		
Trimestre.....	9	pesetas
Semestre.....	16	—
Año.....	32	—

ARGENTINA (Buenos Aires)		
Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856		
Semestre.....	\$	6 50
Año.....	\$	12
Número suelto.....		25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Ángel, 5.—MADRID
APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

MADRID

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
 DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



Dib. BILBAO.—Madrid.

—Me llevo este águila y dos canarios... pero no me los envuelva juntos no vaya a ser que regañen.

Ayuntamiento de Madrid